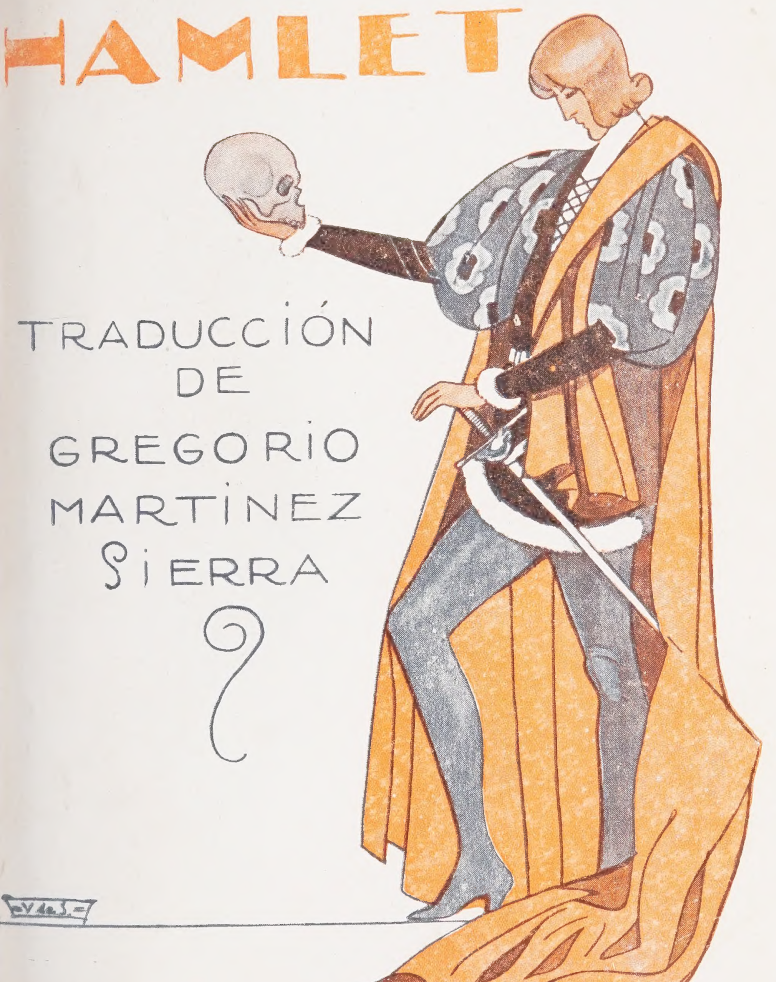
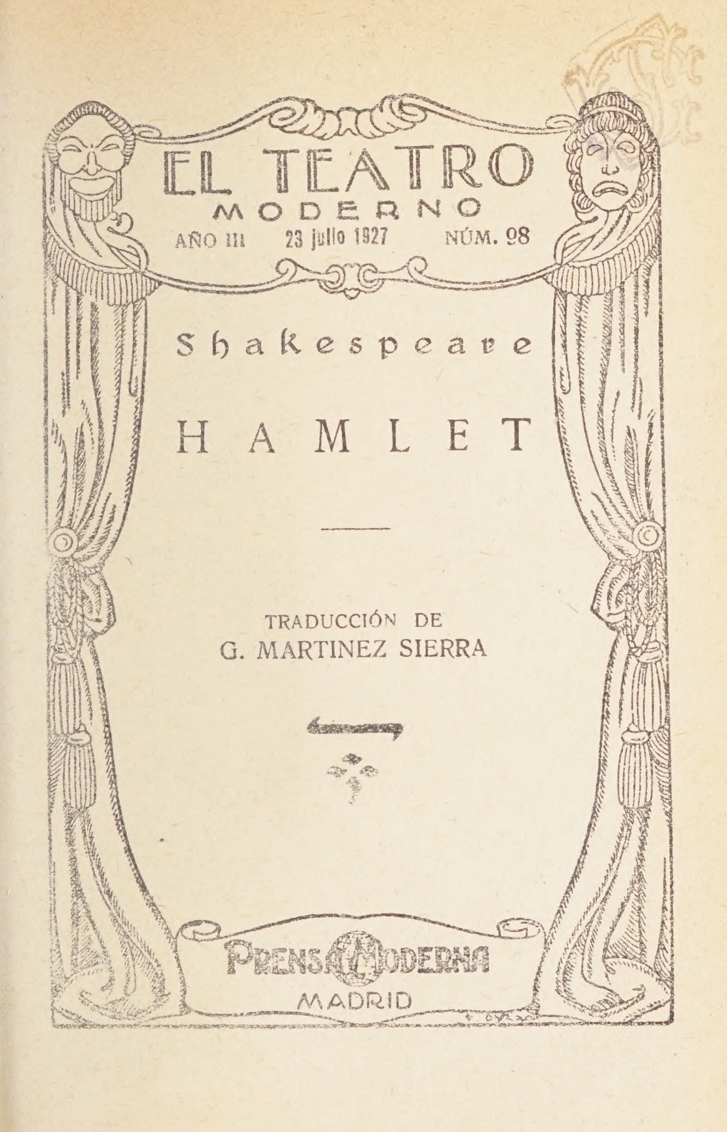
EL TEATRO MODERNO

SHAKESPEARE

HAMLET



TRADUCCIÓN DE GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA


EL TEATRO
MODERNO
AÑO III
23 julio 1927
NÚM. 98
Shakespeare
HAMLET
TRADUCCIÓN DE
G. MARTINEZ SIERRA
PRENSA MODERNA
MADRID

PERSONAJES

CLAUDIO, rey de Dinamarca.
HAMLET, hijo del difunto rey, y sobrino del rey actual.
POLONIO, chambelán mayor.
HORACIO, amigo de Hamlet.
LAERTES, hijo de Polonio.
ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y OSRICO, cortesanos.
UN CABALLERO.
UN CLERIGO.
MARCELO y BERNARDO, oficiales.
FRANCISCO, soldado.
REINALDO, criado de Polonio.
COMICOS.
DOS CLOWNS, sepultureros.
FORTINBRAS, príncipe de Noruega.
UN CAPITAN.
EMBAJADORES INGLESES.
GERTRUDIS, reina de Dinamarca y madre de Hamlet.
OFELIA, hija de Polonio.
CABALLEROS, DAMAS, OFICIALES, SOLDADOS, MARINEROS, MENSAJEROS y OTROS SIRVIENTES.
SOMBRA DEL PADRE DE HAMLET.

Lugar de la acción, en Dinamarca.

ADVERTENCIA Destinada la presente edición de HAMLET *al público en general, para que todos puedan leerla sin fatiga, se han hecho en ella algunas ligeras supresiones, casi todas referentes a la intervención incidental y episódica de Fortimbras, rey de Noruega.*

Por lo demás, el traductor ha respetado escrupulosamente el admirable original inglés.

Los versos que declaman Hamlet y el Cómico 1.º en el cuadro segundo del segundo acto, están tomados de un antiguo romance castellano. Los que recitan los cómicos—Rey, Reina y Luciano—en la escena de la representación—cuadro segundo del acto tercero—, son de Moratín.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Elsinor. Plataforma delante del castillo.

Francisco está en su puesto. Entra *Bernardo* y se acerca a él.

BERN. ¿Quién va?
FRANC. Respóndeme tú: levántate y descúbrete.
BERN. ¡Viva el rey!
FRANC. ¿Bernardo?
BERN. El mismo.
FRANC. Puntual llegas.
BERN. Están dando las doce: anda a la cama, Francisco.
FRANC. Gracias por el relevo. Hace mucho frío. Y estoy enfermo.
BERN. ¿Ha sido tranquila la guardia?
FRANC. No se ha movido un ratón.
BERN. Está bien, buenas noches. Si encuentras a Horacio y Marcelo, que son los que han de acompañarme en la guardia, diles que se den prisa.
FRANC. Creo que los oigo. ¡Alto! ¿Quién va? *(Entran Horacio y Marcelo.)*
HORA. Amigos de esta tierra.
MARC. Y vasallos del rey de Dinamarca.
FRANC. Buenas noches.
MARC. Adiós, soldado. ¿Quién te releva?
FRANC. Bernardo queda en mi puesto. Buenas noches. *(Sale.)*
MARC. ¡Hola, Bernardo!
BERN. ¿Está Horacio aquí?
HORA. Un pedazo.
BERN. Bien venido, Horacio. Bien venido, Marcelo.

MARC. ¿Qué? ¿Ha aparecido eso otra vez esta noche?

BERN. No he visto nada.

MARC. Horacio dice que son imaginaciones nuestras, y no quiere creer en la temerosa visión, que nosotros ya hemos visto dos veces; por eso le he rogado que vele con nosotros esta noche, para que si de nuevo aparece el fantasma, pueda dar fe de lo que han visto nuestros ojos, y hablarle.

HORA. ¡Bah! No ha de aparecer.

BERN. Siéntate un momento, y deja que de nuevo te contemos lo que ya hemos visto dos noches, y no quieres creer.

HORA. Bien: sentémonos y oigamos a Bernardo.

BERN. Anoche..., cuando esa misma estrella que está al oeste de la polar había andado su camino para alumbrar la parte del cielo en que ahora brilla, Marcelo y yo..., al dar la una... *(Entra la Sombra.)*

MARC. ¡Silencio!... ¡Calla! ¡Mira por dónde viene otra vez!

BERN. En la misma figura: la del rey que ha muerto.

MARC. ¡Tú que has estudiado, háblale, Horacio!

BERN. Mírale, Horacio. ¿No se parece al rey?

HORA. Sí... ¡Me horroriza de temor y de asombro!

BERN. Habría que hablarle...

MARC. Pregúntale, Horacio.

HORA. ¿Quién eres tú, que usurpas esta hora de la noche, junto con la serena y guerrera forma en que la majestad del rey de Dinamarca acostumbraba a andar cuando vivía? ¡En nombre del Cielo, te conjuro: habla!

MARC. Se ha ofendido.

BERN. Mira..., ¡se aleja!

HORA. ¡Detente..., habla..., habla! ¡Te conjuro: habla! *(Desaparece la Sombra.)*

MARC. Se ha ido y no quiere responder.

BERN. ¿Y ahora, Horacio? Tiemblas y palideces. ¿Es algo más que imaginación nuestra? ¿Qué piensas de esto?

HORA. ¡Por Dios que no podía creerlo sin el testimonio material y leal de mis propios ojos!

MARC. ¿No se parece al rey?

HORA. Como tú a ti mismo: ésa es la misma armadura que llevaba puesta cuando combatía al noruego ambicioso; así fruncía el ceño, cuando en colérica contienda deshizo a los polacos que iban en sus trineos sobre el hielo... Es extraño...

MARC. Dos veces antes que hoy, y precisamente a esta hora silenciosa, ha pasado ante nosotros con paso marcial.

HORA. No sé con qué intención; pero, a mi parecer, esto presagia un extraño trastorno en nuestro estado. Mota de tierra es ésta para turbar los ojos de la mente... En el más alto y próspero Estado de Roma, poco antes de la caída del poderosísimo César, las tumbas se abrieron, y los muertos, envueltos en sudarios, clamaban y gemían en las calles de Roma... Hubo cometas con colas de fuego, rocíos de sangre, tristezas en el sol, y la húmeda estrella sobre cuya influencia descansa el imperio de Neptuno, estuvo enferma casi de muerte con eclipses... Y en nuestras mismas tierras y entre nuestros propios compatriotas, el cielo y la tierra juntos han demostrado con semejantes señales, precursoras de fieros acaecimientos, ser heraldos que aún preceden a los hados y anuncian el destino que ha de llegar... *(Vuelve a entrar la Sombra.)* Pero, silencio..., mirad..., ¡ya vuelve! ¡He de detenerle, aunque me deshaga! ¡Detente, ilusión! Si tienes algún sonido o puedes usar de la voz, háblame; si es posible hacer alguna buena obra que a ti te dé descanso y a mí gracia, háblame; si conoces el sino de tu tierra y pueden evitarse sus males por saberlos nosotros de antemano, ¡oh, habla! ¡Si en vida ocultaste en el seno de la tierra tesoros mal adquiridos, en busca de los cuales se dice que vosotros, espíritus, vagáis en la noche, di-

lo: detente y habla! *(Canta el gallo.)* ¡Detenle, Marcelo!

MARC. ¿Le doy con mi alabarda?

HORA. ¡Dale, si no quiere detenerse!

BERN. ¡Está aquí!

HORA. ¡Está aquí! *(Desaparece la Sombra.)*

MARC. ¡Ha desaparecido! Hemos hecho mal, siendo tan majestuosa la visión, en intentar hacerle violencia, porque es, como el aire, invulnerable, y nuestros vanos golpes no han sido sino burla necia.

BERN. Iba a hablar, cuando cantó el gallo.

HORA. Y entonces se sobrecogió como culpable que oye un llamamiento temeroso. He oído que el gallo, clarín de la mañana, con su canto agudo y estridente despierta al dios del día, y a su aviso todos los espíritus errantes del mar o del fuego, de la tierra o del aire, se esconden en su cárcel. Y lo que acabamos de ver prueba que es verdad lo que dicen.

MARC. Se desvaneció al cantar el gallo. Hay quien asegura que cuando llega el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Salvador, el ave de la aurora canta toda la noche, y entonces, dicen, ningún espíritu se atreve a salir, las noches son saludables, no chocan los planetas, ni hadas ni brujas tienen poder para hechizar: tan santo y lleno de gracia es el tiempo.

HORA. Así lo he oído, y en parte lo creo. Pero ved, la mañana, envuelta en rosado manto, viene por Oriente, pisando el rocío de aquella alta colina. Dejemos ya la guardia. Creo que debemos comunicar lo que hemos visto esta noche al joven Hamlet, porque, por mi vida, este espíritu mudo para nosotros a él le ha de hablar. ¿Consentís en que le demos noticia de lo que sucede, como es nuestro deber, por el amor que le tenemos?

MARC. Sí; debemos decírselo. Yo sé dónde encontrarle esta mañana. *(Salen.)*

CUADRO SEGUNDO

Sala del trono en el castillo.

Música. Entran el *Rey*, la *Reina, Hamlet, Polonio, Laertes, Caballeros* y séquito.

REY. Aunque aún esté reciente la memoria de la muerte de Hamlet, nuestro querido hermano, y esto debiera obligarnos a tener los corazones apenados y a nuestro reino entero a contraerse en ceño de dolor, de tal manera ha luchado la discreción con la naturaleza, que pensamos ya en él con duelo más cuerdo, acordándonos de nosotros mismos. Por consiguiente, con gozo, por decirlo así, frustrado, con ojos felices y empañados en llanto, con alegría en la fúnebre ceremonia y con canto funeral en las bodas, pesando en balanza igual el deleite y el duelo, hemos tomado por esposa a la que, un tiempo nuestra hermana, es hoy nuestra reina, la imperial copartícipe de este guerrero Estado: no hemos contrariado con esto vuestros mejores consejos, que libremente nos habéis otorgado en tal asunto. Gracias a todos por todo. Y ahora, Laertes, ¿qué dices tú? Nos hablaste de una petición; ¿qué deseas? No es posible que hables en razón al rey de Dinamarca y él no te atienda. ¿Qué podrías pedir, Laertes, que no fuese ofrecimiento mío antes que ruego tuyo? La cabeza no es más adicta al corazón, la mano más obediente a la boca, que el Trono de Dinamarca a tu padre. ¿Qué deseas, Laertes?

LAER. Temido señor, vuestro permiso y vuestro favor para volver a Francia. Porque, aunque voluntariamente vine desde allí a Dinamarca para rendir mi acatamiento en vuestra coronación, ahora, debo confesarlo, cumplido este deber, mis pensamientos y mis deseos se inclinan a

Francia de nuevo, y demandan vuestra graciosa venia y vuestro perdón.

REY. ¿Tienes la de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

POLO. Señor, me ha arrancado una morosa licencia a fuerza de cansadas peticiones, y al cabo he sellado su voluntad con trabajoso consentimiento. Os suplico que le otorguéis licencia para marchar.

REY. Elige la hora que te plazca, Laertes; el tiempo es tuyo; empléale según tu voluntad. Y ahora, Hamlet, primo e hijo mío...

HAM. *(Aparte.)* Un poco más y un poco menos...

REY. ¿Cómo es que las nubes se ciernen sobre ti?

HAM. No por cierto, señor. Estoy demasiado al sol.

REINA. Hamlet, hijo mío, quítate ya ese luto, y que tus ojos miren como amigo al rey de Dinamarca. No estés siempre con la vista clavada en el suelo, buscando en el polvo a tu noble padre; ya sabes que es suerte común; todo lo que vive debe morir, pasando, a través de la Naturaleza, a la eternidad.

HAM. Sí, señora; es suerte común.

REINA. Pues si lo es, ¿por qué a ti te parece tan particular?

HAM. ¿Parecer, señora? ¡No parece: lo es! No entiendo yo de apariencias. No es sólo mi manto negro, buena madre, no la acostumbrada vestidura de luto, no el viento de forzados suspiros, no; ni el copioso llanto de los ojos, ni el abatido continente del rostro, lo que pueden indicar la verdad que hay en mí. Todas esas cosas, es cierto, parecen, porque son acciones que un hombre puede fingir; pero dentro de mí hay algo que va más allá de la apariencia. Todo eso no son sino adornos y galas del dolor.

REY. Bien está, y harto habla en favor de tu buen natural, Hamlet, el que así rindas homenaje de duelo a tu padre; pero debes pensar que tu padre también perdió un padre, que el padre del tuyo perdió el suyo, y que el que sobrevive está obligado, por deber filial, a mostrar

reverente dolor por algún tiempo; pero perseverar en obstinado pésame es terquedad impía; es dolor indigno de un hombre; indica una voluntad que no sabe doblegarse a la del cielo, corazón flaco, ánimo impaciente, entendimiento simple e indisciplinado. Te ruego que deseches ese dolor desmedido, y pienses en mí como en un padre; porque, lo digo a la faz del mundo entero, eres el más inmediato a mi trono, y me inclino hacia ti con no menos nobleza de amor que la que el padre más amante profesa a su hijo. En cuanto a tu propósito de volver a la escuela de Wittenberg, es muy opuesto a nuestro deseo, y te rogamos que te decidas a quedarte aquí, en la alegría y el consuelo de nuestra vista, como nuestro primer cortesano, nuestro deudo, nuestro hijo.

REINA. Hamlet, no desatiendas los ruegos de tu madre. Te lo pido: quédate con nosotros. No vayas a Wittenberg.

HAM. Os obedeceré lo mejor que pueda, señora.

REY. Esa es una respuesta amante y sensata. Sé nuestro igual en Dinamarca. Señora, venid: esta cortés y voluntaria decisión de Hamlet sonríe a mi corazón; en gracia de ella, no beberá hoy una sola vez el rey de Dinamarca sin que el gran cañón se lo anuncie a las nubes, y el cielo celebre el brindis del rey repitiendo el trueno de la tierra. Vamos. *(Música. Salen todos, menos Hamlet.)*

HAM. ¡Oh, si esta carne demasiado sólida pudiera deshacerse, derretirse, resolverse en rocío, o si el Eterno no hubiese levantado su ley contra el suicidio!... ¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Cuán cansados, tediosos, insípidos y necios me parecen todos los usos de este mundo! ¡Reniego de él! Es un jardín sin escardar, que se llena de malas hierbas. Sólo crecen en él cosas groseras y hediondas. ¡Que haya podido suceder esto! ¡Muerto hace dos meses!... No, ni siquiera dos: un rey tan excelente, tan amante de mi

madre, que no podía ni aun sufrir que los vientos del cielo rozasen su cara ásperamente... ¡Cielo y tierra! ¿Debo recordar? Se abrazaba ella a él como si su afición creciese con lo mismo que la alimentaba; y, sin embargo, al cabo de un mes... no lo quiero pensar... ¡Fragilidad, tu nombre es mujer! Un mes escaso, antes de que se hubieran roto los zapatos con los cuales siguió al cuerpo de mi pobre padre, como Niobe, toda lágrimas... ¿por qué ella... ella también? ¡Oh, Dios! Una fiera, sin uso de razón, hubiese hecho sentimiento más largo... Casada con mi tío, hermano de mi padre, pero no más semejante a mi padre que yo a Hércules; al cabo de un mes, antes de que la sal de las más perversas lágrimas hubiese dejado de enrojecer sus ojos embusteros, se ha casado... ¡Oh, infame apresuramiento! ¡Correr con tal presteza a un lecho incestuoso!... ¡No es, no puede ser para bien... pero rómpete, corazón, pues tengo que amarrar mi lengua! *(Entran Horacio, Marcelo y Bernardo.)*

HORA. ¡Salud a vuestra señoría!

HAM. Me alegro de verte en buena salud. ¿Horacio... o ya hasta de mí mismo me olvido?

HORA. El mismo, señor, y siempre vuestro pobre criado.

HAM. Mi buen amigo, quiero cambiar contigo ese nombre. ¿Y qué te trae de Wittenberg, Horacio? ¿Marcelo?

MARC. ¡Mi señor!...

HAM. Mucho me place veros. *(A Bernardo.)* Buenas tardes, señor. *(A Horacio.)* Dime, ¿qué te ha hecho venir de Wittenberg?

HORA. Mi natural pícaro, señor.

HAM. No quisiera oír decir eso de ti a tu peor enemigo, ni es posible que obligues a mi oído a dar fe al testimonio que tú mismo levantas contra ti. Sé que no eres pícaro; pero ¿qué te ha traído a Elsinor? Te enseñaremos a beber como es debido, antes de que te vayas.

HORA. Señor, vine a presenciar los funerales de vuestro padre.

HAM. Compañero estudiante, no te burles de mí, te lo ruego; pienso que habrás venido a presenciar las bodas de mi madre.

HORA. Es verdad, señor, poco se han llevado.

HAM. Economía, Horacio, economía. Los manjares dispuestos para el banquete fúnebre han servido fiambres para la mesa nupcial. Horacio, ¡más quisiera haber encontrado en el cielo a mi peor enemigo que haber visto ese día! ¡Mi padre!... ¡Me parece que veo a mi padre!...

HORA. ¡Oh! ¿Dónde, señor?

HAM. Con los ojos del alma, Horacio.

HORA. Le vi una vez. Era un rey lleno de majestad.

HAM. ¡Era un hombre, tenlo por seguro! No volveré a ver otro que se le parezca.

HORA. Señor... creo haberle visto anoche.

HAM. ¿Visto?... ¿A quién?

HORA. Señor, al rey vuestro padre.

HAM. ¡Al rey mi padre!

HORA. Templad vuestra admiración un momento y dadme atento oído hasta que pueda haceros saber, sobre la fe de estos caballeros, el prodigio...

HAM. ¡Por amor de Dios, habla!

HORA. Dos noches seguidas, estos caballeros, Marcelo y Bernardo, estando de guardia, en la muerta inmensidad de la media noche, se han visto sorprendidos de este modo. Una figura, semejante a vuestro padre, armada de punta en blanco, ha aparecido, y con marcha solemne, andando despacio y majestuosamente, ha pasado junto a ellos; tres veces pasó ante sus sorprendidos y atemorizados ojos, mientras ellos, casi deshechos de temor, permanecieron mudos y no le hablaron. Esto, en temeroso secreto, me lo han revelado, y he hecho guardia con ellos la noche tercera; y a la hora y en la forma misma, haciendo cierta y verdadera cada una de sus palabras, llegó la aparición. Cono-

el en ella a vuestro padre. Estas dos manos no son más parecidas.

HAM. Pero... ¿dónde ha sido?

MARC. Señor, en la plataforma donde estábamos de guardia.

HAM. ¿No le hablasteis?

HORA. Yo le hablé, señor. Pero no respondió: sin embargo, una vez me pareció que alzaba la cabeza y volvía el rostro, como si quisiera hablar; pero entonces cantó el gallo de la mañana, y al sonido, desapareció apresuradamente y se desvaneció ante nuestra vista.

HAM. Es muy extraño...

HORA. Por mi vida, señor, es verdad, y hemos creído deber nuestro hacéroslo saber.

HAM. Cierto, señores, cierto... pero me conturba... ¿Estáis de guardia esta noche?

MARC. BERN. ¡Lo estamos, señor!

HAM. ¿Armado decís?

BERN. MARC. Armado, señor.

HAM. ¿De pies a cabeza?

MARC. BERN. Señor, de pies a cabeza.

HAM. Entonces, ¿no le visteis el rostro?

HORA. ¡Oh, sí, señor; llevaba la visera levantada!

HAM. ¿Parecía ceñudo?

HORA. Más pena que ira mostraba en el rostro.

HAM. ¿Pálido o encendido?

HORA. No; muy pálido.

HAM. ¿Y con los ojos clavados en vosotros?

HORA. Constantemente.

HAM. ¡Ojalá hubiese estado yo allí!

HORA. Os hubierais quedado atónito, señor.

HAM. Probablemente... probablemente... ¿Se detuvo mucho?

HORA. El tiempo necesario para contar hasta ciento, con moderada prisa.

MARC. BERN. Más, más.

HORA. No cuando yo le vi.
HAM. ¿Tenía la barba gris? ¿No?
HORA. Como cuando le vi en vida: negra mezclada con plata.
HAM. Velaré esta noche. Acaso aparecerá de nuevo.
HORA. Lo tengo por seguro.
HAM. Si asume la persona de mi noble padre, le hablaré, aunque el mismo infierno abra su boca y me mande callar. Os lo ruego; si hasta aquí habéis tenido oculta esta visión, seguid protegiéndola con vuestro silencio; y cualquier otra cosa que pueda suceder esta noche, confiadla al entendimiento, pero no a la lengua. Pagaré vuestro afecto en la misma moneda. Adiós, pues. Esta noche, entre once y doce, os visitaré en la plataforma.
TODOS. Señor, estamos a vuestra obediencia.
HAM. Vaya con vosotros mi afecto: adiós. *(Salen todos, menos Hamlet.)* ¡El espíritu de mi padre en armas! No todo está bien. ¡Temo algún vil ardid! ¡Ojalá hubiese llegado ya la noche! ¡Hasta entonces, alma mía, estate quieta! ¡Las acciones hediondas se alzarán ante los ojos de los hombres aunque la tierra entera las sepulte! *(Sale.)*

CUADRO TERCERO

Cámara en casa de Polonio.

Entran *Laertes* y *Ofelia.*

LAER. Mis bagajes están ya embarcados. Adiós, hermana, y si los vientos dan ocasión y hay navío que pueda llevar tus noticias, no te duermas y hazme saber de ti.
OFELIA. ¿Dudas que así lo haré?
LAER. En cuanto a Hamlet y a la broma del favor que te muestra, tenlo por un capricho, por juego de la sangre, por una violeta en la primavera de la naturaleza juvenil; precoz, pero no

permanente, amable, pero no duradera, perfume y ruego de un minuto, no más.

OFELIA. ¿No más que eso?

LAER. Piensa que no es más. Acaso ahora te ama; acaso ahora no hay mancha ni cautela que empanen la virtud de su querer; pero debes temer, teniendo en cuenta su grandeza, porque su voluntad no es suya. Está sujeto por su alto nacimiento. No puede como las gentes comunes decidir por sí mismo, porque de su elección dependen la seguridad y la salud de todo su estado, y por consiguiente debe estar ajustada al voto y asentimiento de ese cuerpo del cual es cabeza. Además, considera la mengua que puede sufrir tu honor si escuchas sus canciones con oído demasiado crédulo, o si pierdes el corazón o entregas el tesoro de tu castidad a su importunidad desenfrenada. Teme, Ofelia, teme, amada hermana mía, y guárdate en la fortalaza de tu afecto, lejos del alcance y el peligro del deseo. La doncella más cautelosa es harto pródiga si descubre su belleza a la luna: la virtud misma no escapa a los golpes de la calumnia: la oruga demasiado a menudo destruye a los hijos de la primavera antes de que se hayan abierto sus botones, y en el matutino y líquido rocío de la juventud son más inminentes las llagas contagiosas. Sé, pues, cauta: la mejor seguridad está en el temor.

OFELIA. Guardaré el efecto de esta buena lección como vigía de mi pecho. Pero, buen hermano, no hagas tú lo que algunos severos predicadores, y me señales a mí el áspero y espinoso camino del cielo, mientras tú, como desvanecido y atolondrado libertino, recorras la florida senda del placer, y no tengas cuenta con tu salvación.

LAER. ¡Oh, no temas por mí! Me detengo demasiado; pero aquí llega mi padre. *(Entra Polonio.)* Doble bendición es gracia doblada. La casualidad sonríe a una segunda despedida.

POLO. ¿Aún aquí, Laertes? ¡A bordo, a bordo! El

viento hincha ya tus velas, y tú te demoras. Ea, ¡mi bendición sea contigo! Y estos pocos preceptos, en tu memoria, velen por tu fama. No des lengua ni acción a cualquier desproporcionado pensamiento. Sé llano, pero jamás grosero. Los amigos que tengas bien probados, sujétalos a tu alma con cercos de acero, pero no malgastes tu palma en mantener por amigo a todo recién llegado camarada. Guárdate de entrar en pendencia; mas una vez en ella, sostenla, para que tu contrario se guarde de ti. Da a todo hombre tu oído, y a pocos tu voz: toma consejo de todos, mas reserva tu juicio. Lleva el traje mejor que tu bolsa pueda comprar: rico, no vistoso, porque la ropa dice del hombre; y en Francia las gentes de más rango y posición son, en esto, de superioridad generosa y selectísima. No prestes ni tomes prestado, porque a menudo se pierden a un tiempo préstamo y amigo, y el tomar prestado mella el filo del buen gobierno. Y sobre todo, esto: sé leal contigo mismo, que de ello se ha de seguir, como la noche sigue al día, que no puedas ser desleal con nadie. Adiós. ¡Mi bendición sazone en ti todo esto!

LAER. Me despido de vos humildemente, señor.

POLO. El tiempo te convida. Vé. Tus criados te aguardan.

LAER. Adiós, Ofelia, y recuerda bien cuanto te he dicho.

OFELIA. Queda encerrado en mi memoria, y tú mismo guardarás la llave.

LAER. Adiós. *(Sale.)*

POLO. ¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA. Con vuestra licencia, algo referente al señor Hamlet.

POLO. Bien pensado, a fe mía. Me han dicho que últimamente te ha hablado varias veces en particular, y que tú le has escuchado con demasiada libertad y generosidad. Si es así, y así me lo dijeron, por modo de advertencia, debo

decirte que no comprendes tu obligación con la claridad que cumple a mi hija y a tu honra. ¿Qué hay entre vosotros? Dime la verdad.

OFELIA. Señor, últimamente, me ha hecho muchos ofrecimientos de afecto.

POLO. ¡Afecto! ¡Bah! Hablas como rapaza inexperta en tan peligrosa circunstancia. ¿Crees en sus ofrecimientos, como tú los llamas?

OFELIA. Señor, no sé lo que debo creer.

POLO. Yo te lo diré: piensa que eres una niña que ha tomado por buena moneda ofrecimientos que no son sinceros. Estímate en más, o procurarás tu deshonra y la mía.

OFELIA. Señor, me ha hablado de amor, por modo honroso.

POLO. ¡Ay, desdichada! Sigue, sigue...

OFELIA. Y ha apoyado sus palabras, señor, con todos los sagrados juramentos del cielo.

POLO. Sí, lazos para cazar perdices. Harto sé, cuando la sangre arde, cuán pródiga es el alma en prestar juramentos a la lengua. Esas llamas, hija, dan más luz que calor, y aun ambas cosas les faltan, faltando a su promesa, porque son fingidas y no debes tomarlas por fuego. De aquí en adelante sé más avara de tu presencia; pon tu conversación a precio un poco más alto. En cuanto al señor Hamlet, piensa que es joven y que anda su camino con mucha más licencia de la que a ti te cumple. No creas en sus juramentos, porque son mensajeros, no del color que muestran sus vestiduras, sino meros imploradores de propósitos profanos, suspirando como santificados y piadosos hipócritas para engañar mejor. Esto es todo. No quisiera, hablando llanamente, que de aquí en adelante malgastes todo momento de solaz en conversaciones con el señor Hamlet. Cuida de esto, te lo ruego. Vámonos.

OFELIA. Obedeceré, señor. *(Salen.)*

CUADRO CUARTO

La plataforma.

Entran *Hamlet, Horacio y Marcelo.*

HAM. El aire muerde; hace mucho frío.
HORA. Es un aire helado y punzador.
HAM. ¿Qué hora es?
HORA. Creo que van a dar las doce.
MARC. No, ya han dado.
HORA. No las he oído; entonces se acerca el momento en que el espíritu acostumbra a llegar. *(Toque de trompetas y salva de ordenanza, dentro.)* ¿Qué significa esto, señor?
HAM. El Rey vela esta noche: está de orgía, y cada vez que bebe un trago de vino del Rhin, el timbal y la trompeta relinchan el triunfo de su brindis.
HORA. ¿Es costumbre?
HAM. Sí, a fe mía; pero a mi parecer, aunque he nacido aquí, y estoy hecho a ella, es costumbre que más nos honraría romper que observar. Este insolente estrépito que lanzamos a los cuatro vientos, hace que nos censuren y calumnien las demás naciones. Nos tachan de borrachos, y con palabras malsonantes empañan nuestra fama. *(Entra la Sombra.)*
HORA. ¡Mirad, señor, ya viene!
HAM. ¡Angeles y ministros de gracia, defendednos! ¡Seas espíritu de salvación o duende condenado; traigas contigo aires del cielo o vendavales del infierno; sea tu intento malvado o piadoso, por venir en la forma en que vienes, quiero hablarte! ¡Te llamaré Hamlet, señor, padre, rey de Dinamarca! ¡Oh, respóndeme! No me dejes arder en ignorancia; dime por qué tus huesos enterrados han roto su mortaja; por qué el sepulcro ha abierto sus pesadas mandíbulas marmóreas para dejarte paso. ¿Qué significa el que tú, cuerpo muerto, salgas de nue-

vo, armado, a la luz de la luna, llenando de espanto la noche, y horrorizándonos a nosotros, juguetes de la naturaleza, con pensamientos que están más allá del alcance de nuestras almas? Dime, ¿por qué? ¿A qué vienes? ¿Qué debemos hacer? *(La Sombra hace señas a Hamlet.)*

HORA. Señor, os indica que le sigáis, como si deseara hablar solo con vos.

MARC. Ved con qué cortés ademán os indica le sigáis a lugar más apartado. ¡Pero no vayáis con él!

HORA. ¡No, en modo alguno!

HAM. Entonces, no hablará. Quiero seguirle.

HORA. ¡No, señor!

HAM. ¿Qué puedo temer? La vida no me importa un alfiler, y en cuanto a mi alma, ¿qué mal puede hacerle, puesto que es inmortal?... Me llama otra vez. ¡Le seguiré!

HORA. ¿Y si os arrastra hacia las olas, señor, o a ese temeroso acantilado que se adelanta sobre el mar, y allí toma cualquier otra horrible forma, que logre privar de razón a vuestra señoría, y la hace enloquecer? Pensad en esto: sólo el lugar, sin otro motivo, enciende centellas de locura en el seso de aquel que mira desde aquella altura al mar, y le oye rugir en lo hondo.

HAM. Otra vez me llama. Anda: te seguiré.

MARC. ¡No iréis, señor!

HAM. ¡Apartad!

HORA. Señor... ¡no vayáis!

HAM. ¡Mi destino me llama y hace nada menguada arteria de mi cuerpo fuerte como nervio del león de Nemea! Vuelve a llamarme. ¡Soltadme, caballeros! ¡Juro por el cielo que he de hacer un espíritu de aquel que me detenga! Atrás, digo. ¡Anda, te seguiré! *(Salen la Sombra y Hamlet.)*

HORA. Enloquece.

MARC. Sigámosle, no cumple obedecerle.

HORA. Sí, vamos tras él. ¿En qué parará esto?

MARC. ¡Hay algo podrido en Dinamarca!

HORA. El cielo dispondrá.
MARC. Pero sigámosle. *(Salen.)*

CUADRO QUINTO

Otra parte de la plataforma.

Entran la *Sombra* y *Hamlet.*

HAM. ¿Dónde quieres llevarme? Habla. ¡No iré más lejos!
SOMB. Mírame.
HAM. Así lo hago.
SOMB. Casi ha llegado la hora en que debo volver a las sulfúreas y atormentadoras llamas.
HAM. ¡Ay, pobre sombra!
SOMB. No me compadezcas, y escúchame.
HAM. Habla... estoy obligado a oírte.
SOMB. Y a vengarme cuando hayas oído.
HAM. ¿Qué?
SOMB. Soy el espíritu de tu padre; condenado por algún tiempo a vagar de noche, a padecer de día en fuego hasta que queden quemados y purgados los crímenes que en vida cometiera. Si no me estuviese prohibido descubrir los secretos de mi cárcel, te contaría cosas que horrorizarían tu alma, helarían tu sangre joven, harían a tus ojos, como estrellas, salir de sus órbitas, a tus cabellos erizarse como dardos de atemorizado puerco espín. Pero esta revelación de las cosas eternas no es para oídos de carne y sangre. Escucha, escucha... ¡oh, escucha! Si alguna vez amaste a tu padre...
HAM. ¡Oh, Dios!
SOMB. Venga su vil asesinato.
HAM. ¡Asesinato!
SOMB. Asesinato el más villano, el más extraño, el más contra naturaleza.
HAM. Habla, para que yo con alas ligeras como pensamientos de amor pueda volar a la venganza.
SOMB. Escucha, Hamlet. Se ha dicho que, estando yo

durmiendo en mi huerto, me mordió una serpiente: así se ha engañado groseramente a toda Dinamarca; pero, sábelo tú, noble hijo mío: la serpiente que quitó la vida a tu padre, hoy lleva su corona.

HAM. ¡Oh, alma mía profética! ¡Mi tío!

SOMB. Sí; esa bestia incestuosa y adúltera, que con astucias y traidores halagos ganó para su vergonzoso placer la voluntad de mi, al parecer, tan virtuosa reina. ¡Oh, Hamlet, qué caída! ¡Desde mí, cuyo amor era tan digno, a un malvado como él! Pero basta... creo que siento el aire de la mañana... Tengo que terminar. Durmiendo en mi huerto, costumbre mía de todas las tardes, seguro de mi sueño, tu tío se acercó a mí cautelosamente y derramó en mi oído el veneno que llevaba en una redoma. En el mismo instante mi sangre se cuajó, y mi cuerpo, como el de un leproso, se cubrió de repugnante costra. Así, mientras dormía, la mano de un hermano me robó la vida, la corona, la esposa a un tiempo mismo. Me segó en la flor de mi pecado, descuidado, sin preparar, sin arrepentir, me envió a dar cuenta con todos mis pecados sobre mi cabeza. ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Horrible! Si tienes corazón, no consientas que el lecho real de Dinamarca sea refugio de lujuria y condenado incesto. Pero impídaslo del modo que quieras, no permitas que tu alma se ponga nunca contra tu madre; deja al cielo y a las espinas que anidan en su pecho el cuidado de atormentarla. Adiós. El gusano de luz muestra que ya está cerca la mañana, y su fuego fatuo palidece. Adiós, adiós... Hamlet, acuérdate de mí. *(Sale.)*

HAM. ¡Oh, santos del cielo! ¡Oh, tierra! ¡Oh, infierno! ¡Quieto, corazón, quieto! ¡Oh, carne mía, no envejezcas en un instante! ¡Sosténme!... ¡Acordarme de ti! ¡Sí, pobre sombra; mientras haya memoria en este desmemoriado mundo!... ¡Acordarme de ti!... ¡Sí, de las ta-

blas de mi memoria borraré todos los triviales amados recuerdos, todo lo que dicen los libros, toda forma, toda ilusión pasada! ¡Y sólo tu mandato vivirá en el libro de mi pensamiento! ¡Oh, malvada mujer! ¡Oh, villano, villano, sonriente, condenado villano! Sí... no hay que olvidar esto... Se puede sonreír y sonreír y, sin embargo, ser un villano... Al menos esto puede pasar en Dinamarca... puesto que tú, mi tío, estás en ella... ¡Ah, esas palabras!... ¡Adiós, adiós... acuérdate de mi!... Lo he jurado.

HORA.
MARC. } *(Dentro.)* ¡Señor, señor!

MARC. *(Dentro.)* ¡Señor Hamlet!

HORA. *(Dentro.)* ¡El cielo le ampare!

MARC. *(Dentro.)* ¡Así sea!

HORA. *(Dentro.)* ¡Hola! ¡Eh, eh, señor!

HAM. ¡Hola! ¡Eh, eh, muchacho! Ven, pájaro, ven. *(Entran Horacio y Marcelo.)*

MARC. ¿Qué ha sido, señor?

HORA. ¿Qué ha sucedido, señor?

HAM. ¡Oh, cosas maravillosas!

HORA. Señor, decídnoslas.

HAM. No, porque las descubriréis.

HORA. No, señor, por el cielo.

MARC. No, señor.

HAM. Mejor es que nos separemos, y vaya cada uno a su negocio... porque cada hombre tiene sus negocios y sus deseos... cada uno para sí... Por mi parte... yo, pobre de mí, iré a rezar...

HORA. Señor, estas son palabras sin sentido.

HAM. No he querido ofenderos... perdonad.

HORA. Señor, no hay ofensa.

HAM. ¡Sí hay ofensa! ¡Sí, por San Patricio!... Mucha ofensa, Horacio. Amigos míos, compañeros, soldados... haced lo que os pido.

HORA. Señor, con mil amores... Decid qué hemos de hacer.

HAM. No digáis a nadie lo que habéis visto esta noche.

Los DOS. Señor, no lo diremos.

HAM. No; pero juradlo.
HORA. ¡Por mi fe, no, señor!
MARC. ¡Ni yo, señor, por mi fe!
HAM. Juradlo sobre mi espada.
MARC. Ya lo hemos jurado, señor.
HAM. ¡Ha de ser sobre mi espada, sobre mi espada!
SOMB. *(Desde debajo de tierra.)* ¡Jurad!
HAM. ¡Ja, ja! ¿Qué dices tú? ¿Estás ahí? Venid... ya oís lo que os dice el compañero que está en la bodega... Jurad.
HORA. Proponed el juramento, señor.
HAM. No hablar nunca de lo que habéis visto. ¡Juradlo sobre mi espada!
SOMB. *(Bajo tierra.)* ¡Jurad!
HAM. ¿Hic et ubique? ¿Aquí también? Vamos más lejos, caballeros. Poned de nuevo vuestras manos sobre mi espada, y jurad no hablar nunca de esto que habéis oído. ¡Juradlo por mi espada!
SOMB. *(Bajo tierra.)* ¡Jurad!
HAM. ¡Bien dicho, viejo topo! ¡De prisa sabes andar bajo tierra! ¡Buen zapador! ¡Vamos más lejos!
HORA. ¡Oh día y noche! ¡Extrañamente maravilloso es esto!
HAM. Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña nuestra filosofía... pero venid... De aquí en adelante... por muy extraña o singular que sea mi conducta... porque acaso me parezca útil fingir un estado de ánimo extravagante, vosotros ni con palabras, ni con ademanes, ni con reticencias, jamás deis a entender que sabéis algo de mí... ¡No lo hagáis, no! ¡Así la piedad y la gracia os ayuden en vuestra mayor necesidad! ¡Juradlo!
SOMB. *(Bajo tierra.)* ¡Jurad!
HAM. ¡Descansa, descansa, atormentado espíritu! *(Juran.)* Así, caballeros, con todo mi amor, me encomiendo a vosotros. Y lo que un hombre tan pobre como Hamlet pueda hacer para expresaros su amor y su amistad, con la ayuda de Dios, no ha de faltaros. Vayámonos jun-

tos. Yo os lo ruego: poned vuestros dedos sobre vuestros labios. El tiempo está fuera de quicio... ¡Oh, crimen maldito, que haya yo nacido para castigarte! Venid, vámonos juntos. *(Salen.)*

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Cámara en casa de Polonio.

Entran *Polonio* y *Reinaldo.*

POLO. Entregarás a mi hijo este dinero y estas cartas, Reinaldo.

REIN. Así lo haré, señor.

POLO. Procederás con maravillosa prudencia, buen Reinaldo, si, antes de visitarle, te informas de su conducta.

REIN. Señor, así contaba hacerlo.

POLO. Bien dicho; muy bien dicho. Mira: averíguame primero qué daneses hay en París, y cómo y quiénes son, y con qué medios cuentan, y dónde se reúnen, y con qué gentes, y a costa de quién gastan; y habiéndote enterado con estos rodeos y preguntas hábiles de si conocen a mi hijo, acércate más a tu fin particular, y, como si dijéramos, confiesa cierta lejana relación con él, diciendo... por ejemplo: "Conozco a su padre y a algunos de sus amigos, y un poco a él..." ¿Comprendes, Reinaldo?

REIN. Sí, señor, perfectamente.

POLO. "Y un poco a él"; pero puedes decir: "no mucho; ahora que, si se trata del que me figuro, es harto loco, y tiene esta y esta mala inclinación"... y aquí echarás sobre él las mentiras que mejor te parezcan; claro que cuidando de que no sean tales que puedan deshonrarle; ten cuidado en eso. Que sean deslices, atrevimien-

tos, locuras de las que generalmente acompañan a la juventud y a la libertad.

REIN. Como jugar, señor.

POLO. Sí; o beber, batirse, jurar, disputar, andar en amoríos; hasta ahí puedes llegar.

REIN. Con lo cual basta para deshonrarle.

POLO. No, a fe mía; porque puedes templar la acusación. No debes achacarle faltas escandalosas, ni afirmar que se entrega por completo al vicio; no es eso lo que quiero decir. Insinúa sus defectos con tal delicadeza, que puedan parecer ligerezas propias de la demasiada libertad, centellas y estallidos de un alma ardiente, ímpetus de la sangre indómita...

REIN. Pero, señor.

POLO. ¿Me vas a preguntar por qué y para qué has de hacer todo esto?

REIN. Sí, señor, me gustaría saberlo.

POLO. Pues mi intención es la siguiente, y la tengo por muestra de cordura: echando tú estos leves lunares sobre mi hijo, como si se tratase de cosa que se ha manchado un tanto con el uso, fíjate bien, sondearás a la persona con quien estés hablando, y si ha visto caer al mozo en los deslices de que tú le proclamas culpable, acabará por decirte en consecuencia: "Señor mío", o "amigo", o "caballero", según el modo de hablar que se use en el país y la posición del que te hable...

REIN. Sí, sí, señor.

POLO. Te dirá... dice... dice... ¿qué iba yo a decir?... Por Dios, que estaba a punto de decirte una cosa... y... ¿dónde me he quedado?

REIN. Señor, en "acabará por decirte, en consecuencia, amigo, o cosa así, y caballero"...

POLO. ... "Acabará por decirte, en consecuencia"... sí, ya me acuerdo... acabará por decirte: "Conozco a ese mozo: le vi ayer, o anteayer... o tal o cual día; y, como decís, estaba jugando, o le sorprendí en una orgía, o peleándose en el tennis"; o puede que te diga: "Le vi entrar

en tal casa de trato, videlicet, burdel, o cosa así"... ¿Comprendes ahora? Con tu anzuelo de falsedad habrás pescado el pez de la verdad. Así hacemos los hombres de cordura y alcances: con rodeos y toques al bies, por medio de indirectas, vamos al fin directo. Así tú, guiándote por mis consejos y advertencias, sabrás la verdad acerca de mi hijo. ¿Me has comprendido, sí o no?

REIN. Sí, señor.

POLO. Dios vaya contigo; buen viaje.

REIN. Está bien, señor.

POLO. Observa por ti mismo sus inclinaciones.

REIN. Así lo haré, señor.

POLO. Y déjale que toque su música.

REIN. Está bien, señor.

POLO. Adiós. *(Sale Reinaldo. Entra Ofelia.)*

POLO. ¿Qué es eso, Ofelia? ¿Qué te sucede?

OFELIA. ¡Ay, señor... me he asustado tanto!

POLO. ¡Por qué, en nombre de Dios!

OFELIA. Señor, estaba cosiendo en mi cámara, cuando el señor Hamlet, con la ropa en desorden, sin sombrero en la cabeza, pálido, temblando y con aspecto, en suma, tan lastimoso como si hubiera escapado del infierno para venir a contar sus horrores, se presentó ante mí...

POLO. ¿Loco por tu amor?

OFELIA. Señor, no lo sé; mas, verdaderamente, lo temo.

POLO. ¿Qué dijo?

OFELIA. Me cogió por la muñeca, así, sujetándome fuerte... luego me apartó, así, todo lo largo de su brazo, y, con la otra mano, así, sobre las cejas, se quedó mirando mi rostro como si quisiera pintarle. Así estuvo largo rato; por fin, sacudiéndome un poco por el brazo, y bajando y subiendo tres veces la cabeza, dió un suspiro tan profundo y lastimero, que pareció destrozarle el cuerpo todo, y acabar con su vida... Luego me soltó, y con la cabeza vuelta sobre el hombro, así... parecía ir hallando el camino

sin ayuda de los ojos, porque salió por la puerta sin dejar de mirarme.

POLO. Ven conmigo, ven. Iré a buscar al rey. Este es el verdadero éxtasis del amor, que arrastra la voluntad a empresas desesperadas. Lo lamento. ¿Has hablado con él, últimamente?

OFELIA. No, señor. Como me lo mandasteis, rechacé sus cartas, y me negué a verle.

POLO. Eso es lo que le ha enloquecido. Siento no haberle observado con mayor juicio y cautela. Temí que quisiera burlarse de ti. Ven. Iré a buscar al rey. Esto debe saberse, porque el amor puede causar más daño cuando se esconde que cuando se proclama. Ven. *(Salen.)*

CUADRO SEGUNDO

Cámara en el castillo.

Entran el *Rey, la Reina, Rosencrantz, Guildenstern* y séquito.

REY. Bienvenidos, queridos Rosencrantz y Guildenstern. Además del deseo que hace largo tiempo sentíamos de veros, la necesidad que tenemos de vuestros servicios ha sido causa del apresuramiento con que os hemos llamado. Algo habréis oído de la transformación de Hamlet: la llamo así, porque ni el hombre exterior ni el interior se parecen a lo que antes eran. No acierto a imaginar qué pueda ser lo que le tiene fuera de juicio, no siendo la muerte de su padre. Os suplico a ambos, puesto que desde la más tierna juventud os habéis criado con él, que queráis permanecer un poco en nuestra corte, y que con vuestra compañía, le inclinéis a los placeres, y aprovechéis las ocasiones de atisbar ese algo, para nosotros desconocido, que de tal modo le aflige, por si, sabiéndolo, pudiéramos remediarlo.

REINA. Buenos caballeros: ha hablado muchas veces

de vosotros, y estoy segura de que no hay dos hombres a quienes tenga más afición. Agradeceremos y recordaremos regiamente vuestra visita.

ROSEN. Vuestras majestades pueden, por la soberana autoridad que tienen sobre nosotros, mandarnos, no rogarnos.

GUILD. A vuestros pies estamos para que nos mandéis.

REY. Gracias.

REINA. Gracias. Os pido que veáis inmediatamente a mi hijo, tan cambiado... Id vosotros, y conducid a estos caballeros a presencia de Hamlet.

GUILD. Haga el cielo que nuestra llegada le sirva de placer y consuelo.

REINA. ¡Sí, sí... así sea! *(Salen Rosencrantz, Guildenstern y algunos del séquito. Entra Polonio.)*

POLO. Señor: los embajadores que enviaste a Noruega han vuelto, felizmente.

REY. Siempre has sido el padre de las buenas nuevas.

POLO. ¿En verdad, señor? Os aseguro que cumplo siempre lo mejor que puedo mis deberes para con mi Dios y para con mi rey. Hasta donde alcanza mi escaso ingenio, creo haber encontrado la verdadera causa de la locura de Hamlet.

REY. ¡Oh... habla!

REINA. Dudo que sea otra que la muerte de su padre, y nuestro apresurado casamiento.

REY. Veremos, veremos...

POLO. Vuestro noble hijo está loco... es decir, lo que acostumbramos a llamar loco; porque definir la verdadera locura, ¿qué sería sino estar loco el mismo que tal pretendiera?

REINA. Por el amor de Dios, más sustancia y menos retórica.

POLO. Señora, os juro que no empleo retórica ninguna. Está loco; es cierto. Esta lástima es cierta, y es lástima que lo sea. Pero dejemos esto... no quiero usar retórica. Reflexionemos.

Tengo una hija... la tengo, puesto que es mía... la cual, cumpliendo su deber de obediencia... me ha entregado esto: ahora deduzcamos y conjeturemos. *(Lee unos papeles.)* "A la celestial y hermosísima Ofelia, ídolo de mi alma." Frase un tanto alambicada... pero... escuchad... Dice así: *(Lee.)* "En tu excelente blanco seno... etc., etc."

REINA. ¿Eso lo ha escrito Hamlet?

POLO. Señora mía, esperad un poco. Leeré fielmente lo que esté escrito. *(Lee.)*

"Duda que el sol se mueve;
duda que las estrellas son de fuego;
duda que la verdad sea embustera;
¡no dudes que te quiero!"

"¡Oh, querida Ofelia, me pone enfermo esto de medir versos! No tengo arte para calumniar mis lamentaciones; pero que te quiero más que nadie, ¡oh, más que nadie! eso créelo. Adiós. Tuyo para siempre, amadísima señora, mientras esta máquina sea suya, Hamlet." Esto me ha entregado mi hija por obediencia, y además ha repetido a mis oídos los ruegos que él le ha hecho en diferentes tiempos y lugares.

REY. Pero ella, ¿cómo ha recibido su amor?

POLO. Señor, ¿qué pensáis de mí?

REY. Que eres hombre leal y honrado.

POLO. Lo probaré gustoso. ¿Qué hubieses pensado de mí, si al ver a este abrasado amor levantar el vuelo, como lo vi antes de que mi hija me lo dijese, qué hubieseis pensado de mí, vos y mi querida majestad vuestra esposa, si lo hubiese dejado pasar descuidadamente? ¿Qué hubieseis pensado de mí, si hubiese sido sordo y mudo? ¿Qué hubieseis pensado de mí? Puse inmediatamente mano a la obra, y hablé así a mi hija: "El señor Hamlet es un príncipe fuera de tu estrella: ¡esto no debe ser!" Y la ordené que se encerrase lejos de su vista, que

no admitiese mensajeros, que no recibiese regalos. Hecho lo cual, y tomando ella fruto de mi consejo, rechazado él, para decirlo en pocas palabras, cayó en tristeza, perdió el apetito, después el sueño, se despeñó en ligereza, luego en desvarío, y por esta pendiente llegó a la locura en que ahora delira, y que todos lloramos.

REY. ¿Lo creéis así?

REINA. Bien puede ser.

POLO. ¿Ha habido alguna ocasión, me gustaría saberlo, en que haya dicho yo positivamente: "Esto es así", y no se haya probado ser cierto?

REY. No, que yo sepa.

POLO. *(Señalándose a la cabeza y al hombro.)* Señor, separad ésta de éste, si no acierto. Si las circunstancias me lo permiten, descubriré la verdad, aunque se esconda en el mismo centro de la tierra.

REY. ¿Qué podríamos intentar?

POLO. Como sabéis, a veces se pasa horas enteras paseando aquí en la antecámara.

REINA. Así lo hace..., es cierto.

POLO. Cuando esté paseando, haré que mi hija salga a encontrarle, y vuestra majestad y yo, detrás de un tapiz, podemos observar el encuentro...

REY. Lo intentaremos.

REINA. Mirad por dónde viene el infeliz, leyendo...

POLO. Retiraos, retiraos ambos, os lo ruego: yo le abordaré ahora. *(Salen el Rey, la Reina y el séquito. Entra Hamlet, leyendo.)* ¡Oh, con vuestra licencia! ¿Cómo estáis, señor Hamlet?

HAM. Bien, gracias a Dios.

POLO. ¿Me conocéis, señor?

HAM. Perfectamente; sois un pescadero.

POLO. No, señor.

HAM. Entonces, ojalá fueseis tan honrado como él.

POLO. ¡Honrado, señor!

HAM. Sí, señor; según anda el mundo, para encon-

trar un hombre honrado hay que escogerle entre diez mil.

POLO. Eso es muy cierto, señor.

HAM. Porque si el sol engendra gusanos en un perro muerto, siendo un dios que besa a una carroña... ¿Tenéis una hija?

POLO. La tengo, señor.

HAM. Pues no la dejéis pasearse al sol. El concebir es una bendición; pero del modo que pudiera concebir vuestra hija..., amigo, tened cuidado.

POLO. *(Aparte.)* ¿Eh?... ¿Qué tal? Siempre con mi hija..., y, sin embargo, al principio no me conoció; dijo que yo era un pescadero; está muy trastornado, y, verdaderamente, yo en mi juventud también sufrí por motivos de amor casi tanto como él. Le hablaré otra vez... *(Alto.)* ¿Qué leéis, señor?...

HAM. Palabras, palabras, palabras.

POLO. ¿De qué tratan, señor?

HAM. ¿Quiénes?

POLO. Quiero decir, señor, cuál es el asunto de lo que estáis leyendo.

HAM. Calumnias, señor; porque el bellaco satírico dice aquí que los viejos tienen barbas grises, que sus rostros están arrugados, que sus ojos destilan espeso ámbar y goma de ciruelo, y que tienen una caudalosa carencia de ingenio, junto con flaqueza de piernas; todo lo cual, señor, aunque lo creo firme y fuertemente, pienso que no está bien ponerlo por escrito, porque al fin y al cabo, vos mismo podríais llegar a ser tan viejo como yo, si pudieseis andar hacia atrás, como el cangrejo.

POLO. *(Aparte.)* Aunque sea locura, hay cierto método en ella. *(Alto.)* ¿Queréis quitaros del aire, señor?

HAM. Sí; en el sepulcro.

POLO. Verdaderamente, es quitarse del aire *(Aparte.)* ¡Qué sentido tienen a veces sus respuestas!... *(Alto.)* Señor, humildemente pido vuestra venia para retirarme.

HAM. Señor, no podíais pedirme cosa que de mejor grado os diera..., excepto mi vida, excepto mi vida, excepto mi vida.

POLO. Adiós, señor.

HAM. ¡Estos insoportables viejos necios! *(Entran Rosencrantz y Guildenstern.)*

POLO. ¿Buscáis al señor Hamlet? Aquí está.

ROSEN. *(A Polonio.)* Dios os guarde, señor. *(Sale Polonio.)*

GUILD. ¡Señor!

ROSEN. ¡Amado señor mío!

HAM. Mis buenos, excelentes amigos. ¿Cómo estás, Guildenstern? ¡Ah, Rosencrantz! ¡Buenos muchachos! ¿Cómo estáis los dos? ¿Qué agravio le habéis hecho a la Fortuna para merecer que os envíe prisioneros aquí?

GUILD. ¿Prisioneros, señor?

HAM. Dinamarca es una cárcel.

ROSEN. Entonces también lo es el mundo.

HAM. Sí; también. Cárcel en la cual hay muchos calabozos, y Dinamarca es uno de los peores.

ROSEN. No lo creemos así, señor.

HAM. Entonces no lo es para vosotros, porque no hay nada bueno ni malo, sino lo que nosotros pensamos que lo es; para mí es una cárcel.

ROSEN. Acaso porque es demasiado estrecha para vuestra ambición.

HAM. ¡Oh, Dios! Podría estar encerrado en una cáscara de nuez y tenerme por rey del espacio infinito, con tal de no soñar malos sueños...

GUILD. Sí, que los sueños se parecen a las ambiciones, porque la riqueza del ambicioso no es más que la sombra de un sueño.

HAM. El sueño mismo no es sino una sombra. Pero decidme, por nuestra amistad: ¿a qué habéis venido a Elsinor?

ROSEN. Señor, a visitaros únicamente.

HAM. Gracias, gracias..., ¡pobre de mí! Pero ¿habéis venido por vuestra voluntad? ¿No os han llamado? Vamos, jugad limpio conmigo: hablad.

ROSEN. ¿Qué queréis que digamos, señor?
HAM. Cualquier cosa... Os han mandado a buscar: vuestros ojos casi lo confiesan. Sé que el buen rey y la reina os han llamado.
ROSEN. ¿A qué fin, señor?
HAM. Eso es lo que tenéis que decirme vosotros...
ROSEN. *(Aparte, a Guildenstern.)* ¿Qué dices tú?
HAM. Cuidado, que os estoy mirando... Si me queréis, decidme la verdad.
GUILD. Señor, nos han llamado.
HAM. Yo os diré para qué. Así me anticiparé a vuestra confidencia, y no faltaréis al secreto que habéis prometido al rey y a la reina. Hace algún tiempo..., pero no sé por qué motivo, he perdido toda mi alegría, he abandonado toda costumbre de ejercicio. Y, verdaderamente, tan tedioso es mi estado de ánimo, que esta divina fábrica, la tierra, me parece estéril promontorio; que este maravilloso dosel, el aire..., mirad..., que ese arrogante firmamento que se tiende sobre nosotros, esa techumbre majestuosa, recamada de centellas de oro, me parece no más que hediondo y pestilente amontonamiento de vapores. ¡Qué obra maestra es un hombre! ¡Cuán noble en razón! ¡Cuán infinito en facultades! En forma y movimiento, ¡cuán exacto y admirable! En la acción, ¡cuán semejante a un ángel! En la comprensión, ¡cuán semejante a un dios! ¡Adorno del mundo! ¡Modelo de animales! Y, sin embargo, para mí, ¿qué es esta quintaesencia del polvo? No me agrada el hombre, no; ni la mujer tampoco, aunque con vuestras sonrisas parezcáis decirlo...
ROSEN. ¡Señor, no pensábamos semejante cosa!
HAM. ¿Por qué os reíais entonces cuando he dicho: no me agrada el hombre?
ROSEN. Por pensar, señor, que si el hombre no os complace, mal recibimiento van a recibir de vos los cómicos: los hemos encontrado en el camino, y vienen a ofrecerse a vuestro servicio.
HAM. El que hace de rey será bien recibido: pagaré

tributo a su majestad; el caballero aventurero podrá lucir su escudo y su espada de hoja de lata; el enamorado no suspirará en balde; el gracioso hará en paz su papel; el clown hará reír a los que estén dispuestos a la risa. ¿Qué cómicos son?

ROSEN. Los que tantas veces os han deleitado, señor: los trágicos de la ciudad.

HAM. ¿Y ahora viajan? *(Sonido de trompetas dentro.)*

ROSEN. Ahí están, señor.

HAM. *(A Rosencrantz y Guildenstern.)* Bien venidos a Elsinor, amigos; dadme vuestras manos. Venid conmigo. *(Vuelve a entrar Polonio.)*

POLO. Salud, señores.

HAM. *(A sus amigos.)* Miradle bien: ese niño grande que veis aquí aún no ha salido de las mantillas.

ROSEN. Acaso las lleva por segunda vez: dicen que los viejos son dos veces niños.

HAM. Apostaría algo a que viene a hablarme de los cómicos. Fijaos.

POLO. Señor, tengo que daros una noticia.

HAM. Señor, tengo que daros una noticia. Cuando Roscio era actor en Roma...

POLO. Los cómicos han llegado, señor.

HAM. ¡Ja, ja, ja!

POLO. Por mi honor, señor mío, es verdad...

HAM. ¡Oh, Jefté, juez de Israel, qué tesoro tuviste!

POLO. ¿Qué tesoro tuvo, señor?

HAM. *(Declamando.)*

"¡Una hija hermosa, no más,
a la que tanto quería!"

POLO. *(Aparte.)* ¡Siempre con mi hija!

HAM. ¿No tengo razón, viejo Jefté?

POLO. Si es a mí a quien llamáis Jefté, señor, cierto es que tengo una hija a la que mucho quiero. *(Entran cuatro o cinco cómicos.)*

HAM. Aquí llegan los cómicos. Bien venidos, seño-

res; bien venidos, buenos amigos míos. ¡Cuánto me alegra veros! ¡Oh, mi antiguo amigo! Tu rostro se ha arrugado un poco desde la última vez que te vi... Cómo, ¿aquí vos, mi dueña y señora? Por Dios que vuestra señoría está un poco más cerca del cielo que cuando la vi por última vez. Venid, dadnos una muestra de vuestro arte: sí, un parlamento apasionado.

COM. 1.º ¿Qué parlamento, señor?

HAM. Una vez te oí declamar uno..., uno que me agradó especialísimamente...; era el cuento de Eneas a Dido, donde habla de la ruina de Troya y el dolor de la reina Hécuba por la muerte de su hija Policena. Si vive en tu memoria, empieza en este verso..., a ver..., a ver... "Hécuba, la reina, atiende..." No, no es así... Empieza con Hécuba...

"Hécuba, la reina, mira
derribada en su regazo
a su amada Policena,
diciendo con triste llanto:
¡Vi de Troya, con mis ojos,
derribar los muros altos,
por el engaño de Ulises,
o quizá por mis pecados;
vieron mis ojos la muerte
de Héctor y de sus hermanos;
de Paris y Polidoro
y del viejo rey Príamo..."

Ahora, sigue tú.

POLO. ¡Por Dios, señor, muy bien recitado, con buen acento y mucha discreción!

COM. 1.º "¡No me espantó ver ardiendo
los edificios dorados,
los mármoles y columnas,
de pórfido y alabastro;
las torres y chapiteles
del insigne y real palacio;

los homenajes reales
por el suelo derribados...
Consoláronme tus ojos,
con solamente mirallos.
¡Sola tu muerte ha podido
dar principio a mis cuidados,
abriendo puerta a la muerte
y a los ojos para el llanto!..."

POLO. Esto es muy largo.

HAM. Eso mismo dirá el barbero de tu barba. Sigue, sigue; éste, en no siendo un baile o un cuento sucio, se duerme... Sigue... Dinos el dolor de Hécuba.

COM. 1.° "¡Quién el llanto contaría
de aquella reina troyana,
viendo sus hijos perdidos
y su ciudad asolada!
Con aquesta gran congoja,
amortescida quedaba..."

POLO. Eso de amortescida está bien.

COM. 1.° "Mas después que en sí tornó,
de esta manera hablaba:
¿Dónde estáis vos, el buen rey.
con quien yo me consolaba?
¿Qué es de mis grandes tesoros?
¡Ay, mi ciudad abrasada!
¿Dónde estáis vos, hijo Héctor?
¡Socorred a esta cuitada,
a esta triste madre vuestra,
que se ve desamparada!
En vengarse vuestra muerte,
yo voy algo consolada...
¡Vos moristeis a traición!..."

POLO. ¡Mirad! Se ha puesto pálido y tiene los ojos llenos de lágrimas. ¡No más, no más!

HAM. Bien, está: dentro de poco volveremos a hablar

de esto *(A Polonio.)* Señor, ¿queréis ocuparos en acomodar y obsequiar a los cómicos? Haced que los traten bien.

POLO. Señor, los trataremos como merecen.

HAM. Mucho mejor, hombre de Dios, mucho mejor. Si a todos nos tratasen como merecemos, ¿quién escaparía del látigo? Tratadles como piden vuestro honor y vuestra jerarquía, que cuanto menos merezcan ellos, más mérito tendrá vuestra liberalidad. Lleváoslos.

POLO. Venid, señores.

HAM. Seguidle, amigos; mañana oiremos una comedia. *(Sale Polonio con todos los cómicos, menos el primero.)* Oyeme: ¿podéis representar el asesinato de Gonzalo?

COM. 1.º Sí, señor.

HAM. Pues representadle mañana por la noche. ¿Podríais, si fuese necesario, estudiar un parlamento de unos doce o diez y seis versos, que tal vez escriba yo mismo para intercalarlos en la obra? ¿Podríais?

COM. 1.º Sí, señor.

HAM. Está bien: sigue a este caballero, y cuida de no imitarle. *(Sale el Cómico 1.º)* Mis buenos amigos, os dejo por esta noche: bien venidos a Elsinor.

ROSEN. Señor...

HAM. Dios vaya con vosotros. *(Salen Rosencrantz y Guildenstern.)* Ahora estoy solo. ¡Oh, qué canalla, qué cobarde soy! ¿No es monstruoso que este cómico, en una mera farsa, en un sueño de pasión, pueda ajustar su alma a su capricho de tal modo que su rostro empalidece, que se le llenan de lágrimas los ojos, que hay locura en su aspecto, en su voz rota, que todos sus ademanes toman la forma de su voluntad? Y todo por nada... Por Hécuba. ¿Qué es Hécuba para él, ni él para ella? ¿Qué haría este hombre si tuviera el motivo que yo tengo para desesperarse y apasionarse? Anegaría la escena con lágrimas, desgarraría los oídos de to-

dos con espantables lamentos, haría enloquecer a los culpables y aterraría a los inocentes; confundiría a los ignorantes, y trastornaría la vista y el oído de cuantos le mirasen y oyesen... Y yo, como un Juan Lanas, no hago más que sufrir y callarme... Sabiendo lo que sé... ¿Soy un cobarde? ¿Quién me llama villano? ¿Quién me tira de las barbas? ¿Quién me abofetea? ¿Quién me dice, en mi cara, que miento? ¿Quién? ¡Ah!, me aguantaría; porque, sin duda, es que tengo hígados de pichón y que me falta hiel para acabar con la tiranía, porque de lo contrario ya habría engordado a todos los gatos del país con los bofes de ese bellaco. ¡Criminal, indecente villano! ¡Impenitente, traidor, lujurioso, miserable villano! ¡Oh, venganza! ¡Qué asno soy! ¡Gran valor en el hijo de un padre asesinado, a quien incitan a la venganza el cielo y el infierno, desahogarse el corazón con palabras, como una mujerzuela! ¡Reniego de mí mismo! ¡Trabaja, cerebro mío, trabaja! ¡Hum!... He oído que algunos criminales, viendo representar una comedia, con la astucia de la acción se han turbado tanto, que han confesado ellos mismos su crimen; porque el asesinato, aunque no tiene lengua, puede hablar con órgano más maravilloso... Yo haré que esos cómicos representen ante mi tío algo semejante al asesinato de mi padre: le estaré mirando; le heriré en lo vivo; si se estremece siquiera, ya sé lo que tengo que hacer... El espíritu que he visto puede ser el diablo, y el diablo tiene poder para tomar una forma agradable: sí, y acaso abusa de mi flaqueza y de mi melancolía—porque es poderoso con ellas—para perderme. ¡Quiero tener fundamento más sólido que éste! La comedia es la trampa en que he de prender la conciencia del rey... *(Sale.)*

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Cámara en el castillo.

Entran el *Rey*, la *Reina*, *Polonio* y *Ofelia*.

REY. Amada Gertrudis, déjanos, porque hemos dispuesto que Ofelia espere aquí el paso de Hamlet, para que la encuentre como por azar. Su padre y yo, leales espías, nos ocultaremos de modo que, viendo sin ser vistos, podamos juzgar rectamente de su encuentro y deducir de él si es o no es la pena de amor la que le hace sufrir de ese modo.

REINA. Os obedezco. Por tu parte, Ofelia, deseo que tu belleza sea la causa feliz de la locura de Hamlet; porque así podré esperar que tus virtudes le vuelvan a traer a su acostumbrado camino, para honra suya y tuya.

OFELIA. Ojalá fuese así, señora. *(Sale la Reina.)*

POLO. Ofelia, ven aquí. Gracioso señor, si os place nos ocultaremos. *(A Ofelia.)* Lee en este libro: con este aparente ejercicio podrá disculparse tu soledad... A menudo caemos en este pecado de disimulo, y con cara de devoción y acciones piadosas queremos dorarle la píldora al mismo diablo..

REY. *(Aparte.)* ¡Oh, es demasiado cierto! ¡Qué cruel latigazo dan esas palabras a mi conciencia! ¡Oh, pesada carga!

POLO. Le oigo; escondámonos, señor. *(Salen el Rey y Polonio. Entra Hamlet.)*

HAM. Ser o no ser: esa es la duda... ¿Qué es más noble para el alma: sufrir los golpes y saetas de la fortuna ultrajadora, o tomar armas contra un mar de pesadumbres y, oponiéndose a ellas, acabar con ellas?... Morir..., dormir... No más... ¡Y pensar que merced a un sueño acabamos con todas las angustias del corazón,

con las mil aflicciones naturales de que la carne es heredera!... ¡Ay, este sería un fin digno de ser devotamente deseado!... Morir..., dormir..., dormir..., tal vez soñar... Ahí está el tropiezo, porque los sueños que pueden sobrevenir en este dormir de la muerte, cuando nos hayamos desprendido de este enredijo mortal, son los que nos detienen. Ese, ése es el temor que nos obliga a soportar la calamidad de vida tan larga... Porque, ¿quién querría sufrir el azote y el oprobio del tiempo, la injusticia del opresor, las injurias del hombre orgulloso, las agonías del amor desdeñado, la demora de las leyes, la insolencia de la obligación y las coces que el mérito paciente sufre de los necios, pudiendo por sí mismo labrar su descanso con sólo un puñal? ¿Quién se resignaría a llevar a cuestas la carga, a gemir y a sudar bajo una vida enojosa, a no ser porque el terror a algo después de la muerte..., la inexplorada región de cuyo linde ningún viajero retorna, desconcierta nuestra voluntad y nos hace preferible sobrellevar los males que sufrimos, a volar hacia otros de los que no sabemos?... Así la conciencia nos hace a todos cobardes, y así el calor nativo de la resolución, enferma con el pálido tinte del pensamiento, y empresas de grande altura y empuje soslayan su corriente con esta duda, y pierden el nombre de acción... ¡Silencio, ahora!... La hermosa Ofelia... ¡Mujer, en tus oraciones, acuérdate de todos mis pecados!

OFELIA. Mi buen señor. ¿Cómo ha pasado vuestro honor todos estos días?

HAM. Gracias, humildemente. Bien, bien, bien.

OFELIA. Señor, tengo recuerdos vuestros que hace mucho tiempo deseo devolveros: tomadlos ahora, os lo suplico.

HAM. ¡No; yo, no! ¡Nunca te di nada!

OFELIA. Señor, bien sabéis que sí, y con ellos palabras de tan suave esencia, que los hicieron tanto

más preciados. Perdido su perfume, volvedlos a tomar; que, para el alma noble, los ricos dones se empobrecen, cuando el que los dió ha dejado de amar. Tomad, señor.

HAM. ¡Ja, ja, ja! ¿Eres honrada?

OFELIA. ¡Señor!

HAM. ¿Eres hermosa?

OFELIA. ¿Qué quiere decir vuestra señoría?

HAM. Que si eres honrada y hermosa, no consientas a tu honestidad que admita tratos con tu hermosura.

OFELIA. Señor, ¿puede la hermosura tener trato más digno que el de la honestidad?

HAM. ¡Ay! La belleza tiene más poder para convertir la honestidad en lujuria, que la honestidad para transformar la belleza en algo semejante a ella. Esto antiguamente era una paradoja; pero ahora el tiempo ha dado prueba de que es verdad... Yo te amaba.

OFELIA. Verdaderamente, señor, asi me lo hicisteis creer.

HAM. ¡No debiste haberme creído! ¿Para qué quieres ser madre de pecadores? Yo mismo soy tan honrado como otro cualquiera, y, sin embargo, de tales cosas podria acusarme, que valdría más que mi madre no me hubiese echado al mundo. Soy muy soberbio, vengativo, ambicioso: con más pecados a la espalda que pensamientos tengo para pensarlos, o imaginación para concebirlos, o tiempo para ponerlos por obra. ¿Por qué criaturas como yo han de arrastrarse entre cielo y tierra? Todos somos redomados bribones: no creas a ninguno de nosotros. Vete a un convento. ¿Dónde está tu padre?

OFELIA. Señor, en casa.

HAM. Pues cierra bien la puerta para que no haga el loco fuera de ella. ¡Adiós!

OFELIA. ¡Oh, cielos, ayudadle!

HAM. Si te casas, te daré esta calamidad por dote: aunque seas casta como el hielo, pura como la

nieve, no te librarás de la calumnia... ¡Vete a un convento, vete! ¡Adiós! O si necesitas casarte, cásate con un necio; porque los hombres con sentido saben de sobra qué monstruos hacéis de ellos. ¡Vete a un convento, vete! ¡Y pronto! ¡Adiós!

OFELIA. ¡Oh, potencias celestiales, volvedle la razón!

HAM. He oído hablar también de que os pintáis..., ya lo creo; Dios os ha dado una cara y vosotras os hacéis otra. Os contoneáis, bailáis, balbuceáis, fingís ser criaturas de Dios, y hacéis que vuestra lujuria parezca vuestra ignorancia. Vete; no quiero decir más. Eso es lo que me ha vuelto loco. Lo aseguro: no habrá más matrimonios: los que ya están casados, todos, menos uno, vivirán; los demás, que se queden como están. ¡Vete a un convento, vete! *(Sale.)*

OFELIA. ¡Oh, qué noble entendimiento destrozado! ¡El espejo del cortesano, la espada del soldado, la lengua del sabio, la esperanza y la flor de todo el reino, el modelo de toda cortesía, caído, caído por completo! ¡Y yo, la más desventurada y miserable de las mujeres, que gusté la miel y la música de sus juramentos, ver ahora esta noble y soberana razón como clara campana, destemplada, desentonada y áspera; esta incomparable forma, este rostro de florida juventud marchito por el desvarío! ¡Ay de mí: haber visto lo que he visto, y ver lo que veo! *(Vuelven a entrar el Rey y Polonio.)*

REY. ¡Amor! No van sus afectos por ese camino. Ni lo que ha hablado, aunque un poco extraño, parece locura. Hay algo en su alma sobre lo cual se asienta su melancolía, y temo que de ello resulte algún peligro. Para prevenirlo, he decidido esto con pronta decisión: le enviaré a Inglaterra, en demanda del tributo que no quieren pagarnos. Tal vez el mar y países diferentes, con variados objetos, expulsen de su corazón aquello sobre lo cual trabaja su en-

tendimiento hasta ponerle fuera de sí. ¿Qué os parece?

POLO. Muy bien; sin embargo, creo que el origen y comienzo de su mal brotó del amor desdeñado. ¿Qué hay, Ofelia? No necesitas contarnos lo que te ha dicho el señor Hamlet. Lo hemos oído todo. Señor, obrad como gustéis; pero, si os parece conveniente, después de la comedia, suplíquele a solas la reina, su madre, que le descubra su pena; si os place, me colocaré donde pueda oír su conferencia. Si no logra nada, enviadle a Inglaterra, o desterradle donde vuestra cordura juzgue más conveniente.

REY. Así lo haré: la locura en los grandes no debe descuidarse. *(Salen.)*

CUADRO SEGUNDO

"Hall" en el castillo.

Entra *Hamlet* con los *Cómicos.*

HAM. Decid el parlamento, os lo suplico, como os lo he leído yo, pronunciando bien y con claridad; porque si lo gritáis tragándooslo, como acostumbráis a hacer muchos cómicos, preferiría entregar mis versos al pregonero. No cortéis el aire demasiado con la mano, así, sino usad moderación en todo; porque en el mismo torrente, en la tempestad, y casi diré en el huracán de vuestra pasión, debéis obtener y producir una templanza que le dé suavidad. ¡Oh, me ofende en el alma oír a un gañán con peluca desgarrar una pasión hasta hacerla añicos, andrajos, diría, para halagar los oídos de unos cuantos necios, que en su mayoría son incapaces de comprender otra cosa que las pantomimas sin sentido y los gritos. De latigazos daría yo a esos cómicos que pretenden ser más Herodes que Herodes. Por favor, evitad esto.

COM. 1.° Doy a vuestra señoría palabra de hacerlo así.

HAM. No seáis, tampoco, demasiado frío, sino dejad que vuestra discreción sea vuestro guía: ajustad la acción a las palabras, y las palabras a la acción, teniendo especialísimo cuidado en no traspasar la sencillez de la Naturaleza; porque todo lo que es afectado se aparta del propósito del arte escénico, cuyo fin, ahora lo mismo que en sus comienzos, ha sido y es, como si dijéramos, sostener a la Naturaleza el espejo en que se está mirando, mostrar a la virtud su propio rostro, al escarnio su propia imagen, y a cada edad y tiempo su forma y pesadumbre; y exagerar cualquiera de estas cosas bien puede hacer reír a los necios, pero da que sentir a los discretos, y la censura de uno de éstos debe pesar en vuestra consideración más que un teatro lleno de los otros. ¡Oh! Hay cómicos a quienes he visto representar, y de los cuales he oído hacer altos elogios, que no tenían acento de cristianos, ni modales de cristianos ni de paganos, ni siquiera de hombres, y que de tal manera se hinchaban y rugían, que me hicieron pensar que los había hecho hombres malamente algún mal aprendiz de la Naturaleza: tan abominablemente imitaban ellos la Humanidad.

COM. 1.° Espero que de eso nos hemos corregido bastante, señor.

HAM. ¡Oh! Corregíos del todo. Y los que representan el papel de graciosos no digan más que lo que está escrito para ellos; porque los hay que hasta se ríen para hacer reír a unos cuantos espectadores tontos, aunque en aquel momento sea preciso atender a algo importante y esencial de la comedia: eso es repugnante y demuestra una pretensión lamentable en el estúpido que lo hace. Andad, preparaos. *(Salen los cómicos. Entran Polonio, Rosencrantz y Guildenstern.)* ¿Cómo estáis, señor?... ¿Quiere el rey escuchar la comedia?

POLO. Y la reina también, sí, señor; ahora mismo.

HAM. Decid a los cómicos que se den prisa. *(Sale Polonio.)* ¿Queréis vosotros dos ir con él también? *(Salen Guildenstern y Rosencrantz.)* ¡Horacio! ¡Horacio! *(Entra Horacio.)*

HORA. Amado señor, a vuestro servicio.

HAM. Horacio: tú eres el hombre más hombre que he tratado nunca.

HORA. ¡Oh, señor!...

HAM. No pienses que lo digo por lisonja, porque, ¿qué puedo esperar de ti, que no tienes más rentas que tu buen ingenio para mantenerte y vestirte? ¿Para qué lisonjear a un pobre? No; desde que mi alma fué dueña de escoger y pudo distinguir entre hombres y hombres, te señaló por suyo; porque has sido siempre de los que sufren como si no sufrieran: hombre que has recibido con igual agradecimiento los favores y las bofetadas de la fortuna; y bienaventurados aquellos en quienes la sangre y el juicio están tan bien mezclados, que no son una flauta cuyas llaves pueda manejar a capricho la suerte. Dame un hombre que no sea esclavo de la pasión, y le llevaré en mi corazón; sí, en el corazón de mi corazón..., como a ti te llevo. Pero, basta ya. Esta noche se representa una comedia delante del rey; una de sus escenas se parece a las circunstancias que te he contado de la muerte de mi padre. Te suplico que, durante la representación, observes a mi tío con toda la atención de tu alma; si su crimen oculto no se descubre en una palabra, el espíritu que hemos visto es fantasma infernal, y todas mis imaginaciones son mentira. Obsérvale atentamente: yo tendré los ojos clavados en su rostro, y después uniremos nuestros juicios, para interpretar lo que hayamos visto.

HORA. Muy bien, señor. Si consigue ocultarnos algo mientras se está representando la comedia, yo pagaré la trampa.

HAM. Ya vienen a presenciar la representación. Tengo que hacerme el loco. Busca sitio. *(Marcha danesa. Preludio. Entran el Rey, la Reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz, Guildenstern y séquito, con la Guardia Real, que lleva antorchas.)*

REY. ¿Cómo está nuestro querido Hamlet?

HAM. Perfectamente. Como el camaleón, me alimento del aire preñado de esperanzas; con ese pienso no engordaréis capones.

REY. No entiendo esa respuesta, Hamlet. Esas palabras no son para mí.

HAM. No; ni para mí tampoco. *(Volviéndose a Polonio.)* Señor mío: ¿decís que en otro tiempo representasteis comedias en la Universidad?

POLO. Sí, señor; y pasaba por actor bastante aceptable.

HAM. ¿Qué papel hicisteis?

POLO. El de Julio César. Me asesinaron en el Capitolio. Bruto me mató.

HAM. Brutalidad grande fué matar a tan magnífico becerro. ¿Están prontos los cómicos?

ROSEN. Señor, esperan vuestras órdenes.

REINA. Ven aquí, Hamlet; siéntate a mi lado.

HAM. No, madre mía. Hay aquí metal más atrayente.

POLO. *(Al Rey.)* ¡Oh! ¿Habéis oído lo que acaba de decir?

HAM. *(Echándose en el suelo a los pies de Ofelia.)* Señora: ¿me permitís yacer en vuestro regazo?

OFELIA. No, señor.

HAM. Quiero decir apoyar la cabeza en vuestro regazo.

OFELIA. Sí, señor.

HAM. ¿Os figuráis que pienso en cosas de mal género?

OFELIA. No me figuro nada, señor.

HAM. Algo bueno se puede pensar sobre las rodillas de una doncella...

OFELIA. ¿Qué, señor?

HAM. Nada.

OFELIA. Estáis de buen humor, señor.
HAM. ¿Quién, yo?
OFELIA. Sí, señor.
HAM. ¡Oh, Dios! ¡De buen humor! ¿Qué va a hacer un hombre sino estar de buen humor? Ved qué contenta parece mi madre, y hace dos horas que mi padre murió.
OFELIA. No, señor; hace ya dos meses.
HAM. ¿Tanto tiempo? Entonces, vista el diablo de luto, que yo me haré un traje de marta cibelina. ¡Oh, cielos!... ¿Muerto hace dos meses y todavía no le han olvidado? Siendo así, hay esperanza de que la memoria de un grande hombre pueda sobrevivirle lo menos medio año; pero, por la Virgen, para conseguir tanto honor, tiene que haber edificado iglesias. *(Suenan los oboes. Entra la Pantomima. Entra un rey y una reina, muy enamorados; la reina abraza al rey, y él a ella. Ella se arrodilla y hace ademanes que significan protestas de amor. El la levanta y apoya la cabeza en el cuello de ella. Ella le hace sentarse en un banco de flores. Cuando lo ve dormido, le deja. Entonces, entra un hombre, quita la corona al rey, la besa, echa veneno en el oido del rey y sale. Vuelve la reina, encuentra al rey muerto, y hace ademanes apasionados. El envenenador, con dos o tres comparsas, vuelve a entrar y finge lamentarse con ella. Se llevan al muerto. El envenenador hace el amor a la reina, ofreciéndole dádivas. Ella, en un principio, parece aborrecerle y rechazarle; pero, al fin, acepta su amor. Salen todos.)*
OFELIA. ¿Qué significa esto, señor?
HAM. Algo muy mal hecho, a fe mía.
OFELIA. Tal vez esta pantomima encierra el argumento de la comedia. *(Entra el Prólogo.)*
HAM. Ahora lo sabremos por ese individuo. Los cómicos no saben guardar secretos. Todo lo cuentan.
OFELIA. ¿Nos dirá lo que significa la pantomima?

HAM. Sí; nos dirá lo que significa todo lo que queramos mostrarle, sea lo que sea. No os avergoncéis vos de mostrar, que él no se avergonzará de explicar cuanto vea.

OFELIA. ¡Sois malo, sois malo! Más valdrá que atienda a la representación.

Prólogo:

Señores: pedimos paciencia y perdón
para nuestra humilde representación.

HAM. ¿Esto es un prólogo, o un mote de sortija?

OFELIA. Corto es, señor.

HAM. Como amor de mujer. *(Entran dos cómicos: rey y reina.)*

Cómico rey:

Ya treinta vueltas dió de Febo el carro
a las ondas saladas de Nereo
y al globo de la tierra, y treinta veces
con luz prestada han alumbrado el suelo
doce lunas, en giros repetidos,
después que el dios de amor y el himeneo
nos enlazaron, para dicha nuestra,
en nudo santo el corazón y el cuello.

Cómico reina:

Y, ¡oh!, quiera el cielo que otros tantos giros
a la luna y al sol, señor, contemos
antes que el fuego del amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
doliente, triste, y tan diverso ahora
de aquel que fuisteis... Tímida recelo...
Mas toda mi aflicción nada os conturbe:
que en pecho femenil llega al exceso
el temor y el amor... Si un fino amante,
sin motivo tal vez, vive temiendo,
la que al veros así toda es temores,
muy puro amor abrigará en el pecho.

Cómico rey:

Sí, yo debo dejarte, amada mía;
inevitable es ya: cederán presto
a la muerte mis fuerzas fatigadas;
tú vivirás gozando del obsequio
y el amor de la tierra. Acaso entonces
un digno esposo...

Cómico reina:

No, dad al silencio
esos anuncios. ¿Yo? ¿Pues no serían
tración culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? ¡No; la que se entrega
al segundo, señor, mató al primero!

HAM. *(Aparte.)* ¡Ajenjo, ajenjo!

Cómico reina:

Motivos de interés tal vez inducen
a renovar los nudos de himeneo;
no motivos de amor. Yo causaría
segunda muerte a mi difunto dueño
cuando del nuevo esposo recibiera,
en tálamo nupcial, amantes besos.

Cómico rey:

No dudaré que el corazón te dicta
lo que aseguras hoy: fácil creemos
cumplir lo prometido, y fácilmente
se quebranta y se olvida. Los deseos
del hombre a la memoria están sumisos,
que nace activa y desfallece presto.
Amor, como la suerte, es inconstante,
que en este mundo, al fin, nada hay eterno.

Cómico reina:

¡Luces me niegue el sol, frutos la tierra;
sin descanso y placer viva muriendo;
cuantas penas el ánimo entristecen,

todas turben el fin de mis deseos
y los destruyan; ni quietud encuentre
en parte alguna, con afán eterno,
si ya difunto mi primer esposo,
segundas bodas, pérfida, celebro!

HAM. ¡Si ahora llega a romper su juramento!

Cómico rey:

Mucho juraste. Aquí gozar quisiera
solitaria quietud. Rendido siento
al cansancio mi espíritu. Permite
que alguna parte le conceda al sueño
de las molestas horas...
(Duerme.)

Cómico reina:

El te halague
con tranquilo descanso, y nunca el cielo
en nuestra unión feliz pesares mezcle.
(Sale.)

HAM. Señora, ¿qué os parece esta comedia?

REINA. A mi entender, esa señora hace demasiadas protestas.

HAM. ¡Oh, pero cumplirá su palabra!

REY. ¿Sabéis el argumento? ¿No hay en él nada que pueda ofender?

HAM. No, no; todo es broma: veneno en broma; ofensa, ninguna.

REY. ¿Cómo se llama la comedia?

HAM. La ratonera. ¿En qué sentido? En sentido metafórico. Esta comedia es la representación de un asesinato cometido en Viena. Gonzalo es el nombre del duque, Bautista, el de su mujer. Ahora veréis: es una obra endemoniada; pero ¿qué más da? A vuestra majestad y a cuantos tenemos la conciencia tranquila, no nos importa: que cocee el rocín lleno de mataduras; nuestras cinchas están bien sujetas. *(Entra Luciano.)* Este es un tal Luciano, sobrino del rey.

OFELIA. Servís muy bien de coro, señor.
HAM. Lo mismo podría servir de intérprete entre vos y vuestro amor, con sólo ver moverse los muñecos.
OFELIA. Sois agudo, señor, sois agudo.
HAM. Os costaría un grito quitarme el filo.
OFELIA. Cada vez mejor, y cada vez peor.
HAM. Así debéis tomar a los maridos: para lo mejor y para lo peor. ¡Empieza, asesino! No hagas más condenados gestos, y empieza. Vamos: el cuervo está graznando para pedir venganza.

Luciano:

Negros designios, brazo ya dispuesto
a ejecutarlos, tósigo oportuno,
sitio remoto, favorable el tiempo,
y nadie que lo observe... Tú extraído
de la profunda noche en el silencio,
atroz veneno de mortales hierbas
—maldecido por Hécate—compuesto,
infectadas tres veces y otras tantas
exprimidas después, sirve a mi intento.

(Echa el veneno en el oído del durmiente.)

HAM. ¡Le envenena en el jardín para quitarle el trono! Se llama Gonzalo: la historia ha sucedido y está escrita en muy buen italiano. Ahora vais a ver cómo el asesino consigue el amor de la esposa.
OFELIA. El rey se levanta.
HAM. ¡Cómo! ¿Se asusta del fuego fingido?
REINA. ¿Qué os sucede, señor?
POLO. ¡Suspended la comedia!
REY. Traed luces... ¡Vámonos!
POLO. ¡Luces, luces, luces! *(Salen todos, menos Hamlet y Horacio.)*
HAM. *(Con alegría casi delirante.)*

¡Alégrese el ciervo!
¡Llore la cierva!

Alguien vela siempre
para que alguien duerma.

¡Así anda el mundo! Con esto y unas cuantas plumas, si la suerte me trata mal... y un par de escarapelas provenzales en los zapatos, ¿no te parece que puedo conseguir puesto en una compañía de cómicos?

HORA. A medio sueldo, señor.

HAM. A sueldo entero... ¡Ay, Horacio; apostaría mil libras a que el fantasma ha dicho la verdad! ¿Te fijaste?

HORA. Perfectamente, señor.

HAM. ¿Cuando hablaron del veneno?

HORA. Sí, señor; yo también reparé en ello.

HAM. ¡Ja, ja, ja! ¡Música, música! ¡Vengan las flautas! Porque si al rey no le gusta la comedia, probablemente tampoco le gustará esto. ¡Música, música! *(Vuelven a entrar Rosencrantz y Guildenstern.)*

ROSEN. Amado señor mío: dignaos escucharme una palabra.

HAM. Toda una historia, señor mío.

GUILD. El rey, señor...

HAM. Sí, señor; ¿qué le ocurre?

GUILD. Se ha retirado a su cámara extraordinariamente alterado.

HAM. ¿Por la bebida?

GUILD. No, señor; por la cólera.

HAM. ¡Ah! ¡Cólera!... ¿Y vuestra sabiduría no os indica que valdría más acudir al médico que a mí? Porque el purgante que yo le administre, acaso le encolerice más.

GUILD. Señor, os suplico que habléis con un poco de seriedad, y que no toméis tan a mal lo que quisiera deciros.

HAM. ¿Seriedad? Ya estoy serio. Pronunciad el discurso.

GUILD. Señor, la reina, vuestra madre, en grandísima aflicción de espíritu, me envía a buscaros.

HAM. Sois muy bien venido.

GUILD. Señor, esa cortesía no es de buena ley. Si os dignais darme una respuesta razonable, cumpliré lo que vuestra madre me ha ordenado; si no, vuestro perdón y mi marcha serán el fin de mi embajada.

HAM. Señor, no puedo.

GUILD. ¿Qué, señor?

HAM. Daros una respuesta razonable. Tengo el entendimiento trastornado. Pero, señor, responda yo lo que quiera, mandad como gustéis..., o, mejor dicho, mande mi madre, puesto que ella os envía. No hablemos más de esto, y al asunto. Mi madre, decís...

GUILD. Señor, vuestra madre dice que vuestra conducta la ha llenado de asombro y admiración.

HAM. ¡Oh, hijo maravilloso, que así puede asombrar a una madre! ¿Y qué consecuencias tiene la admiración de mi madre? ¡Decid!

ROSEN. Señor, desea hablar con vos, en su cámara, antes de que os retiréis a descansar.

HAM. Obedeceremos, aunque fuese diez veces nuestra madre. ¿Tenéis algo más que tratar conmigo?

ROSEN. Señor, en otro tiempo me tuvisteis afecto.

HAM. Aún os lo tengo.

ROSEN. Amado señor mío, ¿cuál es la causa de vuestra alteración? ¿Por qué no os queréis confiar a un amigo? ¿Por qué estáis triste?

HAM. Porque no soy nadie.

ROSEN. ¿Cómo podéis decir eso teniendo el voto del mismo rey para sucederle en el Trono de Dinamarca?

HAM. Sí, sí...; pero "mientras crece la hierba", dice el refrán... *(Entran los cómicos, con flautas.)* ¡Ah, las flautas! Dejadme una. *(A Rosencrantz.)* Para terminar: ¿por qué os empeñáis en sonsacarme de ese modo?... Dais vueltas en derredor mío como si quisierais cogerme en un lazo.

ROSEN. ¡Oh, señor; acaso el atrevimiento de mi cariño nos ha hecho faltar a la etiqueta!

HAM. No entiendo bien lo que queréis decir. ¿Queréis tocar esta flauta?

GUILD. Señor, no sé.

HAM. Os lo suplico.

GUILD. Señor, creedme; no puedo..

HAM. Os lo ruego.

GUILD. No entiendo ni un solo registro de ella, señor.

HAM. Pues es tan fácil como mentir. Se tapan estos agujeros con los dedos, se sopla con la boca y ella sola da la más elocuente música. Mirad, éstas son las llaves.

GUILD. Pero no puedo producir con ellas ninguna clase de armonía. No sé...

HAM. ¿Y por tan poca cosa me tenéis a mí, que queréis manejarme a vuestro antojo? ¡Pretendéis conocer el manejo de todas mis llaves! Quisierais arrancar el corazón de mi misterio, hacerme cantar desde la nota más baja a la más alta; hay mucha música y excelente voz en este instrumento pequeño; pero no sabéis hacerle hablar. ¡Por Cristo! ¿Os figuráis que soy más fácil de tocar que una flauta? *(Vuelve a entrar Polonio.)* Dios os bendiga, señor.

POLO. Señor, la reina quisiera hablar con vos inmediatamente.

HAM. ¿Veis aquella nube que casi tiene la forma de un camello?

POLO. ¡A fe mía, sí que se parece a un camello, sí!

HAM. Más forma tiene de comadreja.

POLO. Sí; que el lomo es de comadreja.

HAM. O de ballena.

POLO. Muy parecida a una ballena, verdaderamente.

HAM. Entonces, iré a ver a mi madre en seguida. Se burlan de mí todo cuanto pueden. Ahora mismo voy.

POLO. Así lo haré presente. *(Sale Polonio.)*

HAM. Pronto se dice: "Ahora mismo voy". Dejadme, amigos. *(Salen todos, menos Hamlet.)* Esta es la hora embrujada de la noche; cuando los cementerios bostezan y el mismo infierno alienta, arrojando pestilencia sobre el mundo: aho-

ra sería yo capaz de beber sangre caliente y de hacer tales cosas, que la luz del día temblase al contemplarlas. ¡Calma! Vamos a ver a mi madre. ¡Oh, corazón, no pierdas tu naturaleza: no dejes que el alma de Nerón entre en este firme pecho! Seré cruel, pero no inhumano. La hablaré con ira, mas no levantaré el puñal contra ella... Mi lengua y mi alma serán en esto hipócritas. *(Sale.)*

CUADRO TERCERO

Otra cámara en el castillo.

Entran el *Rey, Rosencrantz* y *Guildenstern.*

REY. No le quiero, ni me pareec que estoy seguro dejando a su locura en libertad. Por consiguiente, preparaos. Yo despacharé vuestras credenciales, y él irá a Inglaterra con vosotros. La seguridad del Estado no sufre que el rey esté cada hora en peligro mayor, gracias a su delirio.

GUILD. Señor, veremos de remediarlo. Es preciso mirar por la tranquilidad de tantas y tantas vidas como dependen de vuestra majestad.

REY. Preparaos, os ruego, rápidamente para este viaje. Es preciso encadenar el temor que ahora anda demasiado libre.

GUILD. / ROSEN. Nos apresuraremos, señor. *(Salen. Entra Polonio.)*

POLO. Señor: se dirige a la cámara de su madre; yo me esconderé detrás de los tapices para oír lo que hablan; seguramente le reprenderá, y como habéis dicho vos mismos, con gran cordura, conviene que oiga esta conversación alguien más que una madre, ya que la naturaleza ha de hacerla parcial. Dios os guarde, señor. Iré a veros antes de que os hayáis retirado, y a deciros lo que sepa.

REY. Gracias, señor y amigo. *(Sale Polonio.)* ¡Oh,

mi culpa es tremenda! Clama al cielo: lleva encima la maldición del crimen primero que se cometió en el mundo. ¡La muerte de un hermano! No puedo rezar..., aunque bien quisiera: no me deja la fuerza de mi delito. Pero ¿es que, aunque esta mano maldita esté manchada con la sangre de mi hermano, no hay en el cielo lluvia bastante para volverla blanca como nieve? ¿Acaso no sirve el perdón para poder mirar la culpa cara a cara? Y la oración, ¿acaso no tiene poder para prevenir nuestras caídas y para alcanzarnos el perdón después de haber caído? Sí; puedo levantar la cabeza. Mi culpa ha pasado. Pero, ¡ay de mí!, ¿qué forma de oración puede servir para mi crimen? ¡Perdóname mi horrible asesinato! No puede ser, puesto que sigo poseyendo los bienes por los cuales asesiné. Mi corona, mi ambición y mi reina. ¿Es posible conseguir el perdón y retener la causa de la culpa? En la corrompida corriente de este mundo, la mano dorada del culpable compra la ley y tuerce la justicia...; ¡pero allá arriba, no! Entonces..., ¿qué me queda? El arrepentimiento... ¡Pero si no me puedo arrepentir! ¡Oh, miserable estado! ¡Oh, pecho mío, negro como la muerte! ¡Oh, alma enterrada en fango, que cuanto más forcejeas por libertarte, más te hundes! ¡Amparadme, ángeles! ¡Doblaos, rodillas tercas! ¡Corazón con resortes de acero, ablándate como carne de niño recién nacido! *(Se arrodilla. Entra Hamlet.)*

HAM. Ahora podría hacerlo cómodamente. Ahora está rezando. Y ahora lo haré. Y así se irá al cielo. ¡Y de ese modo quedaré vengado! Esto hay que meditarlo. Un villano asesina a mi padre, y en pago de ello, yo, su hijo único, envío al tal villano al cielo. ¡Oh, esto es paga y salario, no venganza! El mató a mi padre con todos sus pecados en flor, encendido como el mes de mayo... ¿Cómo estarán sus cuentas?

¡Dios lo sabe! Y ahora, yo, por venganza, ¿he de enviar su alma a juicio, cuando está preparada para el tránsito? ¡No! Espada mía, ocasión más horrenda encontrarás. Cuando esté borracho, dormido, lleno de ira, o en el incestuoso placer de su lecho, jugando, jurando, cuando no haya posible salvación para él..., entonces caerá, y así su alma quedará tan condenada y negra como el infierno adonde vaya. Mi madre espera. Esta medicina no hace más que alargar tus días enfermos. *(Sale.)*

REY. *(Levantándose.)* Mis palabras suben volando; mis pensamientos se quedan aquí abajo. Palabras sin pensamientos nunca llegan al cielo. *(Sale.)*

CUADRO CUARTO

Cámara de la Reina.

Entran la *Reina* y *Polonio*.

POLO. Vendrá en seguida. Tratadle con severidad. Decidle que sus bromas han sido demasiado pesadas, y que sólo vuestra gracia ha podido ampararle y defenderle contra el furor del rey. Yo me esconderé aquí. Os lo suplico, sed firme con él.

HAM. *(Dentro.)* ¡Madre, madre, madre!

REINA. Os lo prometo. No temáis. Escondeos; le oigo. Ya llega. *(Polonio se esconde detrás del tapiz. Entra Hamlet.)*

HAM. Aquí estoy, madre. ¿Qué sucede?

REINA. Hamlet: has ofendido gravemente a tu padre.

HAM. Madre: habéis ofendido gravemente a mi padre.

REINA. Vamos, vamos, no me respondas con palabras necias.

HAM. No me preguntéis con palabras malvadas.

REINA. ¡Qué dices, Hamlet!

HAM. Acabemos. ¿Qué es lo que os sucede?

REINA. ¿Te olvidas de quien soy?

HAM. ¡No, por la cruz, no! Sois la reina, la esposa del hermano de vuestro marido, y—¡ojalá no lo fuerais!—sois mi madre.

REINA. Está bien. Entonces te enviaré alguien con quien puedas hablar.

HAM. Venid, venid. ¡Sentaos! ¡No os mováis! ¡No os vayáis hasta que os ponga delante un espejo en que os podáis ver el alma!

REINA. ¿Qué vas a haçer? ¿Quieres matarme? ¡Favor, favor!

POLO. *(Detrás del tapiz.)* ¡Favor! ¡Favor! ¡Socorro!

HAM. *(Desenvainando la espada.)* ¿Qué es eso? ¿Una rata?... ¡Muerta, apuesto un ducado, muerta! *(Atraviesa el tapiz con la espada.)*

POLO. *(Detrás del tapiz.)* ¡Oh, muerto soy! *(Cae y muere.)*

REINA. ¡Ay de mí! ¿Qué has hecho?...

HAM. No lo sé... ¿Es el rey?

REINA. ¡Oh, acción imprudente y sangrienta!

HAM. ¡Sangrienta acción! Casi tan mala, buena madre mía, como matar a un rey y casarse con su hermano.

REINA. ¡Como matar a un rey!

HAM. ¡Sí, señora; eso he dicho! *(Levanta el tapiz y descubre a Polonio.)* ¡Eres tú, despreciable, imprudente, entrometido, necio! He creído que eras alguien más importante. Tu suerte te ha valido. Ya ves cómo a veces hay cierto peligro en meterse en lo que a uno no le importa. ¡No os retorzáis las manos! ¡Silencio! ¡Sentaos y permitid que yo os retuerza el corazón, si es que la condenada costumbre de pecar no le ha endurecido de tal modo, que ya sea incapaz de sentimiento!

REINA. ¿Qué he hecho yo para que tu lengua se atreva a pronunciar palabras tan duras contra mí?

HAM. Una acción que corrompe la gracia y el encanto del pudor; una acción que llama a la virtud hipócrita, que arranca la rosa de la frente de un inocente amor, y deja en su lugar

un cáncer; que hace los juramentos del matrimonio más falsos que juramentos de jugador. ¡Oh, una acción que arranca el alma del cuerpo de la fe, y hace de la misma religión mera rapsodia de palabras! ¡La faz del cielo se cubre de rubor, y enferma al contemplarla!

REINA. ¡Ay de mí! ¿Qué acción es ésa, que así ruge y truena en tus palabras?

HAM. Mirad este rerato... y éste..., la imagen de dos hermanos. Mirad qué gracia tenía su trono en este rostro: los rizos de Apolo, la frente del mismo Júpiter, la mirada como la de Marte para mandar y amenazar, la apostura como la de Mercurio, heraldo de la luz del sol sobre la colina que besa el cielo. Forma y continente, en verdad, en los cuales cada uno de los dioses parecía haber estampado su sello para dar al mundo afirmación de un hombre. Este era vuestro esposo. Ved ahora. Este es vuestro esposo. Como espiga carcomida por el tizón, envenenó a su hermano. ¿Tenéis ojos? ¿Podéis haber vivido en esta montaña y revolcaros en este pantano? ¡Ah! ¿Tenéis ojos? No podéis decir que ha sido por amor, porque a vuestra edad el fuego de la sangre está aplacado, humilde, y atiende a la razón. ¿Y qué razón os ha podido hacer pasar de éste a éste? ¿Qué demonio ha sido el que así os embaucó en este juego de gallina ciega?... ¡Oh, vergüenza!, ¿dónde está tu rubor? ¡Infierno rebelde, si así puedes arder en los huesos de una matrona, en la juventud ardorosa sea la virtud como cera y derrítase en su propio fuego! ¡No se hable de vergüenza cuando el ardor la asalte, ya que hasta la misma escarcha se quema, y la razón es encubridora del deseo!

REINA. ¡Oh, Hamlet, no hables más! ¡Obligas a mis ojos a entrar dentro de mi alma y encuentro en ella lunares tan negros!...

HAM. Pero, ¿y vivir en el hediondo sudor de un lecho vergonzoso, corrompido, hablando de amor,

gozando el amor sobre la asquerosa pocilga?...

REINA. ¡Oh, no me hables más: estas palabras entran como puñales en mis oídos! ¡No más, Hamlet, hijo!

HAM. ¡Un asesino y un villano! ¡Un esclavo, un rey de mentirijillas, un salteador del trono y el imperio, que roba de un estante la corona y se la mete en el bolsillo!

REINA. ¡No más!

HAM. ¡Un rey de andrajos y remiendos! *(Entra la Sombra.)* ¡Protegedme y cubridme con vuestras alas, custodios celestiales! ¿Qué quieres, graciosa figura?

REINA. ¡Ay de mí! ¡Está loco!

HAM. ¿No vienes a increpar a tu hijo, que detenido por el tiempo y la pasión, tarda en cumplir tu temeroso mandato? ¡Oh, dime!...

SOMB. No olvides: esta visita es para afilar tu casi embotada resolución. Pero mira: el terror se ha apoderado de tu madre. Ponte entre ella y su alma atormentada. El temor obra con más fuerza en los cuerpos más débiles. Háblala, Hamlet.

HAM. ¿Qué os sucede, señora?

REINA. ¡Ay!, ¿qué te sucede a ti para que tus ojos miren con desvarío, y hables con el aire incorpóreo? El alma, desatinada, se asoma a tus ojos. Se te eriza el cabello. ¡Oh, dulce hijo mío, echa fría paciencia sobre la llama de tu destemplanza! ¿Adónde miras?

HAM. ¡A él! ¡A él! ¡Mirad qué pálido fulgor hay en su rostro! ¡Su forma y su causa unidas, predicando a las piedras, las harían capaces de conocimiento! No me mires, no sea que tu lastimoso mirar trueque la dureza de mi propósito. No vaya, lo que tengo que hacer, a perder el color que necesita... acaso a trocarse de sangre en lágrimas...

REINA. ¿A quién hablas así?

HAM. ¿No veis aquí nada?

REINA. Nada, absolutamente... y veo todo lo que hay.

HAM. ¿Ni habéis oído nada?

REINA. No; nada más que a nosotros mismos.

HAM. ¡Pero mirad aquí! Mirad cómo se aleja... ¡Mi padre, en la misma forma en que vivía! ¡Mirad por dónde sale... ahora... en la puerta!... *(Sale la Sombra.)*

REINA. Es invención de tu cerebro. Es creación de tu delirio.

HAM. ¡Delirio! Mi pulso se mueve tan a tiempo y hace tan saludable música como el vuestro. Lo que he dicho no es locura. Probadme, y volveré a decirlo palabra por palabra. Madre, por el amor de Dios, no deis a vuestra alma el lisonjero alivio de pensar que es mi locura la que habla y no vuestro delito. Ese bálsamo no hará sino cicatrizar en falso la ulcerada llaga, mientras la corrupción mine por dentro. Confesaos al cielo. Arrepentíos de lo pasado, evitad lo que pueda venir, y no echéis el estiércol sobre las malas hierbas, para que crezcan más lozanas. Perdonadme esta virtud mía. Porque en la hediondez de estos groseros tiempos, la virtud misma tiene que pedir perdón al vicio, sí, inclinarse ante él y festejarle para que le permita hacerle bien.

REINA. ¡Oh, Hamlet, me has partido por medio el corazón!

HAM. ¡Oh, arrojad la parte dañada de él y vivid más pura con la otra mitad! Buenas noches... pero no vayáis al lecho de mi tío: fingid virtud si es que no la tenéis. Venceos esta noche, y ello os hará más fácil la próxima abstinencia, y más fácil la otra... porque la costumbre casi puede cambiar el sello de la naturaleza, y además... Buenas noches, otra vez. Y cuando estéis deseosa de que alguien os bendiga, yo iré a pediros vuestra bendición. *(Señalando a Polonio.)* Por este buen señor me arrepiento; pero el cielo ha querido castigarme a mí con esto, y castigarle a él conmigo. Me le llevaré y responderé como debo de la muerte que le he da-

do. Así es que, buenas noches, otra vez. Tengo que ser cruel sólo para ser bueno. Una palabra más, señora.

REINA. ¿Qué quieres que haga?

HAM. Nada de lo que os he dicho. Dejad al rey borracho que os lleve a su lecho, que os acaricie las mejillas, que os llame ratoncito suyo, y por un par de besos miserables confesadle que no estoy loco de verdad, sino que finjo mi locura. Bueno es que lo sepa, y ¿cómo una reina hermosa, prudente, virtuosa, va a ocultar a semejante murciélago cosa de tanta trascendencia? ¿Verdad que no es posible?

REINA. Puedes estar seguro de que si las palabras se forman del aliento, y el aliento de vida, no queda vida en mí para decir lo que tú me has dicho.

HAM. Tengo que irme a Inglaterra. ¿No lo sabéis?

REINA. ¡Ay de mí! Lo había olvidado. Así está decidido.

HAM. Hay cartas selladas... y mis dos condiscípulos, de los cuales me voy a fiar como de dos víboras con dientes, llevan el encargo; tienen que barrerme el camino y guiarme a sitio nada bueno. Dejémoslo correr; porque no hay mejor broma que ver al ingeniero saltar con su propio petardo, y poco he de poder si no cavo una yarda por debajo de sus minas y les mando de un salto a la luna. ¡Oh, es agradable cosa que se encuentren dos pícaros en un mismo camino Este hombre me obligará a servirle de cargador: le llevaré arrastrando a la otra cámara. Madre, buenas noches. Verdaderamente este consejero, que fué en vida un necio insoportablemente charlatán, está ahora muy callado, muy secreto y muy grave. Venid, señor mío, a ver si acabamos de una vez con vos. ¡Buenas noches, madre! *(Salen cada uno por su lado; Hamlet arrastrando a Polonio.)*

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Sala en el castillo.

Entran el *Rey, la Reina, Rosencrantz* y *Guildenstern.*

REY. Alguna causa tienen esos suspiros, esos hondos sollozos; debéis explicarla; conviene que la sepamos. ¿Dónde está vuestro hijo?

REINA. Dejadnos solos un instante. *(Salen Rosencrantz y Guildenstern.)*

REY. ¿Qué, Gertrudis? ¿Cómo está Hamlet?

REINA. Loco como el mar y el viento, cuando ambos disputan cuál es más poderoso; en su desatinado arrebato, oyendo moverse algo detrás del tapiz, grita: "¡Una rata, una rata!"; y en el delirio de su cerebro, mata al pobre viejo que estaba escondido.

REY. ¡Oh, hazaña funesta! Lo mismo hubiese hecho conmigo, de haber estado allí; su libertad es amenaza para todos: para ti misma, para mí, para todos. ¡Ay! ¿Cómo vamos a responder de esta hazaña sangrienta? La echarán sobre mí, cuya previsión hubiera debido atar corto y encerrar a ese loco para impedir que hiciese mal. No hemos sabido comprender lo que más convenía, y, como el que tiene una enfermedad sucia, por ocultarla, hemos dejado que siga alimentándose, aun a costa de la vida. ¿Dónde ha ido?

REINA. A esconder el cadáver. Su misma locura, como vena de oro entre minerales de bajo metal, muestra su pureza. Llora por lo que ha hecho.

REY. ¡Oh, Gertrudis, ven conmigo! Apenas el sol toque las montañas, haremos que se embarque y se aleje de aquí; y con toda nuestra majestad y nuestra habilidad, debemos afrontar y disculpar esta acción sangrienta. ¡Hola, Guildenstern! *(Vuelven a entrar Rosencrantz y Guildenstern.)* Amigos, reuníos con algunos más que os ayuden. Hamlet, en su locura, ha

muerto a Polonio y se le ha llevado, arrastrando, de la cámara de su madre; íd, buscadle: habladle con suavidad, y llevad el cuerpo a la capilla. Os lo ruego; apresuraos. *(Salen Rosencrantz y Guildenstern.)* Ven, Gertrudis, llamaremos a nuestros amigos más prudentes, y les haremos saber lo que nos proponemos hacer y lo que tan desdichadamente se ha hecho... Así la murmuración, que lleva por todo el diámetro del mundo su tiro envenenado, como disparo de cañón que va buscando el blanco, dejará nuestros nombres incólumes, y se perderá, inofensiva, en el aire. ¡Ven! Mi alma está llena de discordia y desaliento.

CUADRO SEGUNDO

"Hall" en el castillo.

HAM. *(Entrando.)* Bien escondido queda.

ROSEN. / GUILD. *(Dentro.)* ¡Hamlet! ¡Señor Hamlet!

HAM. ¡Silencio! ¿Qué ruido es ése? ¿Quién llama a Hamlet?... ¡Oh, aquí vienen! *(Entran Rosencrantz y Guildenstern.)*

ROSEN. Señor, ¿qué habéis hecho con el cadáver?

HAM. Lo he devuelto al polvo de donde salió.

ROSEN. Decidnos dónde está para que podamos llevarle a la capilla.

HAM. No os lo figuréis.

ROSEN. ¿Figurarnos qué, señor?

HAM. Que voy a seguir vuestro consejo y no el mío. Además, ¿qué es eso de que a mí se atreva a interrogarme una esponja? Soy hijo de rey, y no estoy obligado a responderos.

ROSEN. ¿Me tomáis por esponja, señor?

HAM. Sí, señor. Esponja que chupa la autoridad del rey, sus recompensas, su arrogancia. Pero, después de todo, el rey es el único que sale ganando. Porque a los auxiliares como vos, los conserva como el mono en un rincón de la qui-

jada: primero los masca, y luego se los traga. Tú recoge, esponja, que cuando estés llena, él te estrujará, y te quedarás seco de una vez para siempre.

ROSEN. No os entiendo, señor.

HAM. Me alegro. A palabras tontas, oídos necios.

ROSEN. Señor, es preciso que nos digáis dónde está el cuerpo muerto, y que vengais con nosotros a presencia del rey.

HAM. El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es una cosa...

ROSEN. ¿Una cosa, señor?

HAM. Que no vale la pena. Llevadme donde está. ¡Escóndete, zorro!

CUADRO TERCERO

Otra cámara en el castillo.

Entra el *Rey* con séquito.

REY. Cuán peligroso es que este hombre ande suelto. Y, sin embargo, no podemos hacerle sentir el peso de la ley, porque la necia multitud le ama... Sí, sí... es preciso que se aleje cuanto antes. *(Se acerca Rosencrantz.)* ¿Qué? ¿Qué ha sucedido?

ROSEN. Señor, no podemos conseguir que nos diga dónde ha escondido el cuerpo.

REY. Pero él, ¿dónde está?

ROSEN. Ahí fuera, señor, guardado, y esperando vuestras órdenes.

REY. Traedle.

ROSEN. ¡Eh, Guildenstern! Trae aquí al príncipe. *(Entran Hamlet y Guildenstern.)*

REY. Vamos a ver, Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAM. Cenando.

REY. ¿Cenando? ¿Dónde?

HAM. En una casa donde no come él, sino donde a él le comen: está en una reunión de gusanos públicos. Tu gusano es tu único emperador:

nosotros engordamos animales para que ellos nos engorden a nosotros, y engordamos para los gusanos: el rey gordo y el mendigo flaco no son sino manjares diferentes: dos platos, pero un solo banquete: en esto viene a parar todo.

REY. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

HAM. Un hombre puede pescar con el gusano que se ha comido a un rey, y comerse el pez que se ha alimentado con aquel gusano.

REY. ¿Qué quieres decir con eso?

HAM. Nada sino indicar que un rey puede hacer un gran viaje a través de las tripas de un mendigo.

REY. ¿Dónde está Polonio?

HAM. En el cielo. Manda a ver si está: si tu mensajero no le encuentra allí, vé tú mismo a buscarte al infierno. Pero si no le encuentras antes de un mes, le olerás al subir las escaleras de la antecámara.

REY. *(A algunos del séquito.)* Id a buscarle allí.

HAM. No se moverá hasta que lleguéis. *(Salen los del séquito.)*

REY. Hamlet, esta acción que has cometido nos obliga, mirando a tu propia seguridad, a alejarte de aquí con rapidez vehemente. Por lo tanto, prepárate: el barco está ya listo, y el viento es favorable. Tus compañeros te aguardan: todo está dispuesto para tu marcha a Inglaterra.

HAM. ¿A Inglaterra?

REY. Sí, Hamlet.

HAM. Bueno.

REY. Buena es nuestra intención.

HAM. Veo un querubín que la está viendo. Pero vamos allá. ¡A Inglaterra! ¡Adiós, madre querida!

REY. Soy tu padre que mucho te quiere, Hamlet.

HAM. ¡Mi madre! Padre y madre son marido y mujer: hombre y mujer son una misma carne; por lo tanto, ¡adiós, madre! ¡Vamos a Inglaterra, vamos! *(Sale.)*

REY. Seguidle. Apresurad su embarco. No lo demoréis. Quiero que salga esta misma noche. ¡Marchaos! Ya está sellado y listo todo lo que a este asunto se refiere: ¡apresuraos, os lo suplico! *(Salen Rosencrantz y Guildenstern.)* Y ahora, Inglaterra, si tienes en algo mi amistad, o temes mi poder, cumple el mandato de las cartas que te piden la muerte de Hamlet. ¡Hazlo así, Inglaterra! Porque este hombre quema mi sangre como calentura, y tú tienes obligación de curarme. ¡Hasta que sepa que lo has hecho, no podré ser feliz! *(Sale.)*

CUADRO CUARTO

Otra cámara en el castillo.

Entran la *Reina, Horacio* y un *Caballero.*

REINA. No quiero hablar con ella.

CABA. Señora, lo pide con insistencia: está enloquecida: es preciso tener compasión.

REINA. Pero ¿qué quiere?

CABA. Habla sin cesar de su padre, dice que el mundo está lleno de engaños, se golpea el corazón, habla de cosas sin sentido; lo que dice no es nada, pero llena de compasión a los que la oyen; la gente se reúne en torno suyo, y cada una ajusta las palabras dudosas que la oye decir a sus propios pensamientos, y hace conjeturas no completamente favorables, señora.

HORA. Más valdría hablar con ella, porque puede sembrar ideas peligrosas en ánimos mal intencionados.

REINA. Hacedla entrar. *(Sale el caballero. Aparte.)* Para mi alma enferma y pecadora, cada pequeñez es como anuncio de un grave mal. La culpa, temiendo ser descubierta, se descubre ella misma. *(Vuelve a entrar el caballero con Ofelia.)*

OFELIA. ¿Dónde está la hermosa majestad de Dinamarca?

REINA. ¿Cómo estáis, Ofelia?

OFELIA. *(Canta.)*

¿En qué podrás conocer
al amante verdadero?
Traerá bordón y sandalias
y conchas en el sombrero.

REINA. ¡Ay, dulce señora mía! ¿qué significa esa canción?

OFELIA. ¿Qué decís? Escuchad, os lo ruego, escuchad. *(Canta.)*

¡Ha muerto, señora, ha muerto
y ya nunca ha de volver!...
Descansa en el verde césped;
tiene una piedra a los pies.

¡Ay! Ay!

REINA. ¡Pero, Ofelia!...

OFELIA. Escuchad, os lo ruego. *(Canta.)*

Blanco, blanco es el sudario,
como nieve en la montaña...

(Entra el Rey.)

REINA. ¡Ay, señor! Ved esto.

OFELIA. *(Canta.)*

Bordado de suaves flores...
Su fiel amor le lloraba...

REY. ¿Cómo estáis, hermosa señora?

OFELIA. Bien. Dios os guarde. Dicen que la lechuza era la hija de un panadero. Señor, sabemos lo que somos, pero no lo que llegaremos a ser. ¡Dios esté con vos, sentado a vuestra mesa!

REY. Piensa en su padre.

OFELIA. Os lo suplico, no hablemos de eso; pero cuando os pregunten qué significa, decid esto: *(Canta.)*

Mañana es San Valentín;
por la mañana temprano
pasaré por tu ventana
para ver si has despertado.
Se levantará el amante
y engañará a la doncella.

Doncella entrará en su cuarto;
cuando salga será dueña.

REY. ¡Hermosa Ofelia!...

OFELIA. ¡Eso es! Aunque no lo jure, tengo que acabar. *(Canta.)*

¡Por San Pedro y San Andrés!
Villano amante, ¿qué hiciste?
Cúmpleme aquella palabra
que en la ventana me diste.

Y él contesta: *(Canta.)*

Palabra de matrimonio
yo te la hubiera cumplido;
pero ya no hay para qué,
porque conmigo has dormido.

REY. ¿Cuánto tiempo hace que está así?

OFELIA. Espero que todo acabará bien. Hay que tener paciencia; pero no puedo menos de llorar al pensar que van a enterrarle en la tierra fría. ¡Mi hermano lo tiene que saber! Muchísimas gracias por vuestro buen consejo. ¡Pronto, mi coche! Buenas noches, señoras; buenas noches, amables señoras; buenas noches, buenas noches. *(Sale.)*

REY. Seguidla de cerca: vigiladla, os lo ruego. *(Sale Horacio.)* ¡Oh, éste es el veneno de la pena honda! ¡Oh, Gertrudis, Gertrudis, cuando vienen los males nunca vienen solos! Primero, la muerte de su padre; luego, la marcha de tu hijo; el pueblo revuelto, hostil y grosero en sus pensamiento y murmuraciones, respecto de la muerte de Polonio. Y hemos hecho mal en enterrarle en secreto. La pobre Ofelia con la razón perdida, y, por último, su hermano, que en secreto ha llegado de Francia, y que sin duda está dispuesto a dar oídos a los murmuradores que me acusan de la muerte de su padre. *(Ruido dentro.)*

REINA. ¡Ay de nosotros! ¿Qué ruido es ése?

REY. ¿Dónde están mis suizos? Que guarden la puerta. *(Entra un Caballero.)* ¿Qué sucede?

CABA. ¡Señor, poneos en salvo! El océano desborda-

do no se traga los llanos con más furia que el joven Laertes en desenfrenada ira acomete a vuestros oficiales. La chusma le llama señor, y como si el mundo empezase ahora mismo, y antigüedad y costumbre no existiesen, grita: ¡Te elegimos! ¡Laertes será rey! Manos y lenguas aplauden y levantan a las nubes el grito: ¡Laertes será rey! ¡Laertes rey!

REINA. ¡Cuán alegres ladran sobre la pista falsa! ¡Oh, traidores! ¡Perros daneses! *(Ruido dentro.)*

REY. ¡Han echado abajo las puertas! *(Entra Laertes, armado. Daneses le siguen.)*

LAER. ¿Dónde está el Rey? Señores, quedaos fuera.

DANE. ¡No, no! ¡Entremos!

LAER. Os lo suplico: dejadme solo.

DANE. ¡Lo haremos! ¡Lo haremos! *(Se retiran al otro lado de la puerta.)*

LAER. Gracias: guardad la puerta. ¡Oh, tú villano rey! ¡Devuélveme a mi padre!

REINA. ¡Cálmate, buen Laertes!

LAER. La gota de mi sangre que pueda calmarse, me proclama bastardo, grita la deshonra de mi padre y pone sello de ramera sobre la inmaculada frente de mi madre.

REY. ¿Cuál es la causa, oh, Laertes, de que tu rebeldía sea tan gigantesca? Déjale, Gertrudis; no temas por nuestra persona; hay tal divinidad en torno de un rey, que la traición no puede sino mirarle de lejos. Dime, Laertes, ¿por qué estás tan encolerizado? ¡Suéltale, Gertrudis! Habla, hombre.

LAER. ¿Dónde está mi padre?

REY. Muerto.

REINA. ¡Pero no por él!

REY. Déjale que pregunte cuanto quiera.

LAER. Pero ¿cómo ha muerto? A mí no se me engaña. ¡Al infierno la lealtad! ¡Al diablo todos los juramentos! ¡No me importa ni este mundo ni el otro! ¡Sólo quiero venganza, venganza de mi padre!

REY. Mi buen Laertes, comprendo que desees saber

con certeza el cómo y el porqué de la muerte de tu padre; pero, ¿quieres unir en tu venganza a amigos y enemigos?

LAER. ¡Sólo a sus enemigos!

REY. ¿Quieres, entonces, saber quiénes son?

LAER. ¡A sus buenos amigos les abriré mis brazos de par en par y, como el pelícano, estoy dispuesto a alimentarlos con mi sangre!

REY. Ahora hablas como buen hijo y como caballero leal. Soy inocente de la muerte de tu padre, y me duele en el alma; esto debe ser para ti tan claro como el día...

DANE. *(Dentro.)* ¡Dejadla entrar!

LAER. ¿Qué sucede? ¿Qué ruido es ése? *(Vuelve a entrar Ofelia.)* ¡Oh, fuego, sécame el cerebro! ¡Lágrimas siete veces saladas, abrasadme los ojos! ¡Por el cielo, tu locura se ha de pagar con creces! ¡Oh, rosa de mayo, hermana querida, dulce Ofelia mía! ¡Oh, cielos! ¿Es posible que la razón de una doncella pueda ser tan mortal como la vida de un anciano?

OFELIA. *(Canta.)*

Le llevan en su ataúd
con la cara destapada.
¡Ay, noní! ¡Ay, noní!
¡Lluvia de llanto el querer
sobre la tumba derrama!

¡Adiós, paloma mía!

LAER. ¡Si conservaras la razón y me pidieses venganza, no me conmoverías más!

OFELIA. *(Canta.)*

¡Cantad arriba y abajo!
¡Llamadle abajo y arriba!

¡Oh, bien merecida tiene la rueda! Es el mayordomo traidor que ha robado a la hija de su amo.

LAER. ¡Este desvarío me traspasa el alma!

OFELIA. Esto es romero; para recordar; amor, acuérdate, te lo suplico; y éstos son pensamientos, para pensar... Aquí hay hinojo, para vos, y amapolas; ésta es ruda, para vos, y un poco

para mí; podemos llamarla hierba de gracia... es amarga. ¡Oh, cada uno tiene que llevar su amargura! Esta es una margarita. Os daría alguna violeta, pero se marchitaron todas cuando murió mi padre: dicen que ha tenido buen fin... *(Canta.)*

¡Para mi buen mozo
es mi linda cara!

LAER. ¡Pensamiento, aflicción, pasión, infierno!

OFELIA. *(Canta.)*

¿Y ya nunca ha de volver?
¿Y ya nunca ha de volver?
¡Nunca, nunca, ya se ha muerto!
¡Vete a tu lecho de muerte
tú también!
¡Vete a tu lecho de muerte,
que ya nunca ha de volver!
Tenía la barba
blanca como nieve.
Tenía el cabello
rubio como el lino.
Se ha ido... se ha ido...
¡Lloremos por él!
¡Dios tenga piedad de su alma!

Y de todas las almas cristianas. Dios quede con vosotros. *(Sale.)*

LAER. ¿Ves esto, Dios del cielo?

REY. Laertes, te pido que me dejes tomar parte en tu pena. Retírate; elige los amigos más prudentes que tengas, y que ellos oigan y juzguen entre tú y yo. Si por mí mismo, o por mano colateral, me encuentran culpable, quiero darte mi reino, mi corona, mi vida, todo cuanto llamo mío, para desagraviarte; pero si no, consiente en otorgarme tu paciencia, y, junto con tu alma, buscaremos los medios de darte satisfacción cumplida.

LAER. Así sea. Su muerte misteriosa, su oscuro funeral, sin trofeos, sin espada, sin inscripción sobre sus huesos, sin nobles ritos ni ostentación

solemne... ¡de todo eso he de pedir explicación!

REY. La tendrás; y donde se encuentre la culpa, caerá el hacha. Ven conmigo, te lo ruego. *(Salen.)*

CUADRO QUINTO

Otra cámara en el castillo.

Entran *Horacio* y un *Criado.*

HORA. ¿Quiénes son los que quieren hablarme?

CRIA. Marineros, señor: dicen que os traen cartas.

HORA. Que entren. No sé de qué parte del mundo pueda escribirme nadie, como no sea mi señor Hamlet. *(Entran unos Marineros.)*

MARI. Señor, Dios os bendiga.

HORA. Y a ti también.

MARI. Así lo hará, señor, si gusta. Aquí hay una carta para vos, señor; es del embajador que salió con rumbo a Inglaterra; si os llamáis Horacio, como me han dicho.

HORA. *(Lee.)* "Horacio, cuando hayas leído ésta, da a los portadores medios de ver al rey. Llevan cartas para él. Aún no llevábamos dos días en el mar, cuando un pirata de muy guerrero aspecto nos dió caza. Como nuestras velas no podían darnos velocidad para escapar, nos vimos obligados a ser valientes, y en la pelea yo salté a bordo del barco enemigo; inmediatamente se alejó éste del nuestro; así es que fuí su único prisionero. Se han portado conmigo como honrados ladrones; pero supieron lo que se hacían; ahora voy a hacerles una buena obra. Que lleguen al rey las cartas que le envío; y tú ven a encontrarme con tanta prisa, como si fueras huyendo de la muerte. Tengo que decirte al oído palabras que te dejarán mudo; y, sin embargo, son demasiado leves para el peso del asunto. Esos buenos compa-

ñeros te traerán donde estoy. Rosencrantz y Guildenstern siguen su viaje a Inglaterra; de ellos tengo mucho que contarte. Adiós. El que sabes tuyo, Hamlet." Venid; os llevaré donde podáis entregar esas cartas; y hacedlo muy aprisa, para que podáis conducirme junto a aquel de quien las trajisteis. *(Salen.)*

CUADRO SEXTO

Otra cámara en el castillo.

Entran el *Rey* y *Laertes*.

REY. Ahora tu conciencia sellará mi perdón, y me pondrás en tu corazón como amigo, puesto que has oído y sabes que el que mató a tu noble padre, quiso quitarme a mí la vida.

LAER. Así parece; pero, decidme, ¿por qué no procedéis contra crímenes tan graves, como cumple a vuestra seguridad y a vuestra cordura?

REY. ¡Oh! Por dos razones especiales, que a ti acaso pueden parecerte fútiles, pero que para mí son fuertes. La reina, su madre, no vive más que para él, y en cuanto a mí, por mi dicha o mi tormento, que no sé si llamarlo de un modo o de otro, la tengo a ella tan cerca de la vida y del alma, que no puedo vivir sin ella. El otro motivo es el grande amor que el populacho le tiene. Todas sus faltas las convierte en gracias, y las flechas que yo quisiera disparar contra él, se volverían contra mí...

LAER. ¡Y por él he perdido a mi padre, y por él ha enloquecido mi hermana! ¡Ah, pero llegará mi venganza! *(Entra un mensajero con cartas.)*

REY. ¿Qué es eso? ¿Qué nuevas traes?

MENSA. Cartas, señor. De Hamlet: ésta, para vuestra majestad; ésta, para la reina.

REY. ¿De Hamlet? ¿Quién las ha traído?

MENSA. Dicen que unos marineros, señor. Yo no los

he visto. Me las ha dado Claudio, que las recibió de manos de los que las trajeron.

REY. Laertes: vas a oír lo que dicen. *(Al mensajero.)* Déjanos. *(Sale el mensajero. Lee.)* "Alto y poderoso señor: sabréis cómo he vuelto desnudo a vuestro reino. Mañana imploraré vuestro perdón, y luego os contaré el motivo de mi súbita y extraña vuelta. Hamlet." ¿Qué significa esto? ¿Han vuelto los demás que iban con él? ¿O es todo un engaño?

LAER. ¿Conocéis la letra?

REY. Es la letra de Hamlet. "¡Desnudo!"... y aquí en una postdata: "solo". ¿Qué te parece?

LAER. No sé qué pensar, señor. Pero dejad que venga. Todo el dolor de mi corazón se calma pensando que voy a poder decirle en su cara: ¡Tú lo hiciste!

REY. Laertes, ¿quieres dejarte guiar por mí?

LAER. Sí, señor; siempre que no me mandéis hacer las paces.

REY. No: cuando vuelva le envolveré en una red, en la cual no puede menos de caer, y nadie podrá acusarme de su muerte, porque hasta su madre creerá que ha ocurrido por accidente.

LAER. Señor, mandad; y ojalá pueda yo ser intrumento de vuestra voluntad.

REY. Así será, Laertes. Durante tu viaje se ha hablado mucho de ti, elogiándote delante de Hamlet por una habilidad en la cual eres eminente.

LAER. ¿Cuál, señor?

REY. Dicen que eres insuperable en la esgrima; que no hay ni en Francia esgrimidor que pueda competir contigo. Hamlet es seguro que te envidia en esto; por lo cual...

LAER. ¿Qué, señor?

REY. Laertes, ¿querías a tu padre, o eres como pintura de la pena, rostro sin corazón?

LAER. ¿Por qué preguntáis eso?

REY. Hamlet vuelve. ¿Qué serías capaz de hacer para demostrar que eres hijo de tu padre, con hechos y no con palabras?

LAER. ¡Degollarle en la misma iglesia!

REY. No hay lugar de asilo contra el asesinato. La venganza no debe tener límites, Laertes... Cuando Hamlet vuelva sabrá que tú también has vuelto. Alabaremos ante él tu maestría; os pondremos frente a frente, y apostaremos sobre vuestras cabezas. Él es descuidado, generoso y ajeno a toda doblez, y no examinará los floretes, así es que fácilmente, con un poco de astucia, podrás tú elegir uno con punta, y con una estocada maestra tomar venganza.

LAER. Lo haré; y además envenenaré la espada; he comprado un veneno a un saltimbanqui, tan mortal, que, mojando en él una hoja, con un solo arañazo da la muerte.

REY. Sí, pensemos en esto: y por si falla, preparemos algo más... veamos... haremos una solemne apuesta para vuestro asalto, y... ¡ya está! Cuando en mitad del combate estéis acalorados y sedientos—y ya cuidarás tú de llevar el asalto con vigor para que así suceda—, él pedirá de beber, y yo le tendré preparada una copa... Con que no haga sino mojarse los labios, aunque por suerte escape a tu estocada, conseguiremos nuestro propósito. Pero, ¡silencio! ¿Qué ruido es ése? *(Entra la Reina.)* ¡Oh, dulce reina mía!

REINA. Una pena tras de otra. Laertes, vuestra hermana se ha ahogado.

LAER. ¡Ahogado! ¡Oh! ¿Dónde?

REINA. Hay un sauce a la orilla de un arroyo, que se inclina sobre él, y refleja sus hojas plateadas en el cristal de la corriente. Allí se acercó ella cargada de fantásticas guirnaldas de cardos, ortigas, margaritas silvestres y amapolas. Y queriendo subir al árbol para colgar en él las guirnaldas de malas hierbas, rompióse una envidiosa rama, y cayeron al agua ella y sus trofeos. Sus ropas se extendieron, y la sostuvieron un momento; y ella, como sirena, cantaba pedazos de antiguas canciones, como incapaz de

comprender el peligro, o como si hubiese nacido en el agua; pero mojadas las ropas, arrastraron a la infeliz desde su melodioso yacer a la muerte.

LAER. ¡Ahogada! ¡Ay de mí!

REINA. ¡Ahogada! ¡Ahogada!

LAER. ¡Ofelia, no quiero llorar! Adiós, señor. ¡Tengo en los labios palabras de fuego que de buena gana arderían; pero esta desdicha las apaga! *(Sale.)*

REY. ¡Sigámosle, Gertrudis! ¡Cuánto me había costado calmar su ira! Y ahora temo que esta nueva desdicha le dé nuevo empuje. ¡Sigámosle! *(Salen.)*

ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Un cementerio.

Entran dos *Sepultureros* con palas, etc., etc.

SEP. 1.° ¿Y van a enterrar en sagrado a una que voluntariamente se ha quitado de en medio?

SEP. 2.° Te digo que sí... Abre el hoyo en seguida: el rey ha estudiado el caso, y ha decidido que se la debe enterrar cristianamente.

SEP. 1.° Ya... será que se habrá ahogado en defensa propia.

SEP. 2.° ¿Tú qué entiendes de eso, cavador?

SEP. 1.° Déjame hablar. Aquí está el agua; bueno: aquí está la persona; bueno: si la persona se acerca al agua, y se ahoga a sí misma, esto es, velis nolis, ha ido a ahogarse; es decir, se ha ahogado por su voluntad; fíjate: ahora bien, si el agua se acerca a la persona y la ahoga, la persona no se ahoga a sí misma; ergo la persona que no tiene la culpa de su propia muerte no se quita la vida.

SEP. 2.° Bueno: ¿pero eso es ley o no es ley?

SEP. 1.° ¡Ay, hijo mío, ley!... Allá van leyes do quieren reyes.

SEP. 2.° ¿Sabes lo que te digo? Que si no hubiera sido una señora, no la hubiesen enterrado en sagrado.

SEP. 1.° Ahora lo has dicho. Sí que es lástima que los grandes del mundo tengan más derecho que los demás cristianos a ahogarse o a colgarse si les da la gana. Venga la pala. No hay nobles más antiguos que los jardineros, los cavadores y los sepultureros. Tienen el mismo oficio que Adán.

SEP. 2.° ¿Adán era noble?

SEP. 1.° Fué el primero que llevó armas. Te voy a poner un acertijo: a que no lo aciertas...

SEP. 2.° A ver.

SEP. 1.° ¿Quién es el que construye cosa más duradera que el albañil, el armador de barcos o el carpintero?

SEP. 2.° El que hace la horca; porque una sola dura más que mil inquilinos.

SEP. 1.° No está mal contestado, pero no es eso. Piensa.

SEP. 2.° Quién es el que construye cosa más duradera que el albañil, el armador de barcos y el carpintero...

SEP. 1.° Sí, hombre, sí; acaba de una vez.

SEP. 2.° Nada, que no lo acierto.

SEP. 1.° Piensa, piensa.

SEP. 2.° ¡Nada, que no! *(Entran Hamlet y Horacio muy a lo lejos.)*

SEP. 1.° No te devanes más los sesos, que por mucho que apalees al asno, no va a andar más de prisa, y cuando te pregunten lo que te he preguntado, responde: el sepulturero; porque las casas que labra él duran hasta el día del juicio. Anda a la taberna y tráeme un jarro de vino. *(Sale el Sepulturero 2.°, y el 1.° cava y canta.)*

Paloma, cuando era mozo;
paloma, cuando eras mía;

paloma, por tu querer,
ni comía ni bebía.

HAM. Pero ¿este hombre no se da cuenta de lo que está haciendo, que canta mientras abre una sepultura?

HORA. La costumbre le hace considerar su trabajo cosa natural.

HAM. Es cierto. La mano que menos trabaja es la que tiene más fino el tacto.

SEP. 1.° *(Canta.)*

Paloma, ya estoy muy viejo;
paloma, ¿quién lo diría?
¡Ya se me olvidó el querer
y lo bien que me sabía!

(Tira una calavera.)

HAM. Esa calavera tuvo un tiempo lengua y pudo cantar. ¡Cómo la tira al suelo ese gañán, como si fuera la quijada de Caín, el que cometió el primer asesinato! ¡Y bien puede ser la cabeza de un político de los que son capaces de enredar al mismo Dios!

HORA. Bien puede serlo, señor.

HAM. O de un cortesano de los que saben decir: "¡Buenos días, amado señor mío! ¿Cómo estáis, amable señor mío?" Milord Fulano, el que alaba el caballo de Milord Zutano, cuando se le quiere pedir prestado..., ¿no?

HORA. Cierto, señor.

HAM. ¡Y ahora Milord Gusano se le come! Ahí estás sin sombrero, y la pala de un sepulturero te da en la cabezota. Gran revolución, Horacio, y gran suerte la nuestra, que la presenciamos. Pero ¿es que estos huesos valen tan poco, que se pueda jugar con ellos al chito? ¡Los míos me duelen sólo de pensarlo!

SEP. 1.° *(Canta.)*

Con un pico y una pala,
se hace una casa de barro...
¡Con cuatro palmos de tierra
ya está el huésped aviado!

(Tira otra calavera.)

HAM. ¡Otra! ¿Por qué no ha de haber sido éste el cráneo de un legista? ¿Dónde están ahora tus sutilezas, tus escrituras, tus pleitos, tus trampas? ¿Este palurdo te da en la cabeza con una pala sucia, y no le pides daños y perjuicios? ¡Hum! *(Al sepulturero.)* ¿De quién es esta sepultura?

SEP. 1.° Mía, señor.

¡Con cuatro palmos de tierra,
ya está el huésped aviado!

HAM. ¿Quiero decir que para quién la estás abriendo?

SEP. 1.° Para un muerto, señor; es decir, no es muerto, que es muerta, porque en vida no era hombre, sino mujer.

HAM. Sutil está el gañán. ¿Cuánto tiempo hace que eres sepulturero?

SEP. 1.° Estoy en este oficio desde el día en que el difunto rey Hamlet venció a Fortimbras.

HAM. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

SEP. 1.° ¿No lo sabéis? Pues todos los tontos lo saben. El mismo día en que nació el joven Hamlet: ese que está loco y que han enviado a Inglaterra.

HAM. ¡Ah, vamos! ¿Le han mandado a Inglaterra? ¿Y por qué?

SEP. 1.° Pues porque estaba loco. Allí recobrará el juicio, y si no le recobra, poco importa.

HAM. ¿Por qué?

SEP. 1.° Porque allí no se le conocerá la locura. Todos están tan locos como él.

HAM. ¿Cómo se volvió loco?

SEP. 1.° Pues perdiendo el juicio.

HAM. ¿Cuánto tarda un hombre en pudrirse dentro de la tierra?

SEP. 1.° Según y conforme. Si no viene ya podrido, porque lo que es ahora, nos traen muchos cadáveres que no valen ni la pena de enterrarlos, duran... digamos unos ocho o nueve años...; sí, un curtidor dura unos nueve años.

HAM. ¿Por qué él más que otro?

SEP. 1.° Señor, porque el oficio le ha curtido de tal modo el pellejo, que tarda mucho en dejar pasar

el agua; y el agua es lo que más aprisa le destruye a uno el cochino cadáver. Aquí hay una calavera: pues ésta ha estado en tierra veintitrés años.

HAM. ¿Quién era?

SEP. 1.º ¿Quién os figuráis que es?

HAM. No sé...

SEP. 1.º Un truhan redomado. Una vez me echó encima un frasco de vino del Rhin. Esta calavera, señor, es la de Yorik, el bufón del rey.

HAM. ¿Esta?

SEP. 1.º La misma.

HAM. ¿A ver?... *(Coge la calavera.)* ¡Ay, pobre Yorik! Le conocí, Horacio; tenía infinito ingenio, fantasía excelente; me ha llevado a cuestas mil veces; y ahora, ¡cuán repugnante me parece! Aquí colgaban aquellos labios que he besado no sé cuántas veces. ¿Dónde están tus chistes, tus saltos, tus canciones, tus relámpagos de alegría que hacían reír a toda la mesa? ¿No queda ni uno ahora para burlarse de tu propia mueca? Anda, vé al cuarto de mi dama y dile que, por mucho que se pinte, en esto ha de venir a parar; hazla reír con eso. Horacio, dime una cosa.

HORA. ¿Qué, señor?

HAM. ¿Piensas que Alejandro tendrá este mismo aspecto dentro de la tierra?

HORA. El mismo, señor.

HAM. ¿Y el mismo olor? ¡Uf! *(Tira la calavera.)*

HORA. Sí, señor.

HAM. ¡A qué usos tan ruines podemos venir a parar, Horacio! ¿Acaso no puede nuestra imaginación seguir al noble polvo de Alejandro, hasta encontrarle tapando el agujero de un barril?

HORA. Demasiada sutileza sería menester para imaginarlo.

HAM. No por cierto. Nos bastaría con irle siguiendo modestamente; por ejemplo: Alejandro murió. Alejandro fué enterrado, Alejandro se convir-

tió en polvo; el polvo es tierra; de la tierra hacemos barro; y ¿por qué con este barro, en el cual se ha convertido, no han de poder tapar un barril de cerveza? ¡El imperioso César, muerto y convertido en arcilla, puede tapar un agujero para impedir que pase el viento! ¡Oh! ¡Pensar que aquella tierra que aterrorizó al mundo, pueda ser remiendo en una pared para evitar los vendavales del invierno! Pero... ¡silencio..., silencio!... Aquí viene el rey. *(Entran sacerdotes, etc., en procesión; el cadáver de Ofelia, Laertes y acompañantes al duelo, el Rey, la Reina y sus respectivos séquitos.)* La reina..., los cortesanos... ¿A quién acompañan? ¿Y con rito tan poco solemne? Esto significa que el cadáver a quien acompañan es el de alguien que, con mano desesperada, atentó contra su propia vida; y era persona noble. Apartémonos y veamos. *(Se retira con Horacio.)*

LAER. ¿No hay más ceremonias?

HAM. Este es Laertes; mira.

LAER. ¿No hay más ceremonias?

SAC. 1.º Hemos hecho en sus honras fúnebres lo más que estamos autorizados a hacer; su muerte ha sido dudosa, y a no ser porque mandato superior ha hecho pasar por alto lo que está ordenado, hubiese esperado en tierra sin bendecir el sonido de la última trompeta, y en vez de oraciones, se hubiesen arrojado piedras sobre sus restos. Hemos consentido en que suenen campanas en su entierro y en que vaya adornada con guirnaldas y galas virginales.

LAER. ¿Y no es posible hacer más?

SAC. 1.º No es posible. Profanaríamos el oficio de difuntos cantando un réquiem para ella, lo mismo que para las almas que han muerto en paz.

LAER. ¡Dejadla en la tierra, y de su hermosa e inmaculada carne broten violetas! Te digo, ruin clérigo, que mi hermana será un ángel mientras tú estés aullando entre llamas.

HAM. ¿Cómo..., la hermosa Ofelia?

REINA. *(Derramando flores sobre el cadáver.)* ¡Flores para la hermosa! ¡Adiós! Esperaba que hubieses sido esposa de mi Hamlet; creí adornar tu lecho de bodas y no tu sepultura.

LAER. ¡Oh, triple infortunio! ¡Ojalá caigas diez veces triplicado sobre la maldita cabeza del que te hizo perder la razón! Apartad un poco la tierra. ¡Hasta que la haya estrechado una vez más entre mis brazos! *(Salta dentro de la sepultura.)* ¡Ahora, arrojad polvo sobre el vivo y la muerta, hasta que hayáis convertido esta sepultura en montaña más alta que el azul Olimpo!

HAM. *(Adelantándose.)* ¿Quién es el que con tanto énfasis habla de su pena? ¿Quién es el que con palabras de dolor llama a las estrellas vagabundas?... ¡Aquí estoy yo, Hamlet, rey de Dinamarca! *(Salta a la sepultura.)*

LAER. *(Arrojándose sobre él.)* ¡El diablo cargue con tu alma!

HAM. No sabes pedir. Aparta los dedos de mi cuello; porque, aunque no soy rencoroso ni temerario, hay en mí algo peligroso que debe hacer temer a tu prudencia. ¡Suelta!

REY. ¡Separadlos!

REINA. ¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS. ¡Caballeros!...

HORA. ¡Amado señor mío, tranquilizaos! *(Los que les rodean los separan y salen de la sepultura.)*

HAM. ¡Sí; pelearé con él sobre este tema hasta que se me cierren los ojos para siempre!

REINA. ¿Sobre qué tema, hijo?

HAM. ¡Yo amaba a Ofelia! Cuarenta mil hermanos con todo su amor, no podrían sumar el amor mío. ¿Qué eres capaz de hacer por ella?

REY. ¡Laertes, está loco!

REINA. ¡Por el amor de Dios, disculpadle!

HAM. Dime: ¿qué serías capaz de hacer tú? ¿Llorar? ¿Pelear? ¿Ayunar? ¿Hacerte pedazos a ti mismo? ¿Serías capaz de beber vinagre? ¿De comerte un cocodrilo? ¡Yo también! ¿Has veni-

do aquí a dar alaridos? ¿A desafiarme, saltando a su tumba? ¡Que te entierren vivo con ella..., y a mí también! ¡Y si vociferas hablando de montañas, que arrojen millones de fanegas de tierra sobre nosotros, hasta que nuestra llanura suba a quemar su cabeza en el sol, y empequeñezca al mismo Ossa! ¡Si se trata de dar voces, yo sé vociferar tan bien como tú!

REINA. Todo esto es locura que le domina sólo un momento; luego, es humilde como una paloma.

HAM. Ya lo oís, señor. ¿Por qué razón me tratáis así? Siempre os tuve afecto. Pero no importa. El gato mayará; al perro le llegará su día. *(Sale y, tras él, todos.)*

CUADRO SEGUNDO

"Hall" en el castillo.

Entran *Hamlet* y *Horacio.*

HAM. Basta ya de este asunto; ahora verás el otro... ¿Recuerdas todas las circunstancias?

HORA. ¡Recordarlas, señor!

HAM. Mientras íbamos navegando, sentía yo en el corazón una especie de angustia que no me dejaba dormir. Estaba acostado, como un prisionero en el cepo. Temerariamente — y bendita sea mi temeridad—porque a veces nuestra propia imprudencia nos favorece cuando nuestros planes prudentes fracasan; y eso debiera enseñarnos que hay una divinidad que da forma a nuestros fines, por muy malamente que nosotros los hayamos hilvanado...

HORA. Es muy cierto.

HAM. Salí de mi camarote, y en la oscuridad, envuelto en mi ropa de mar, me acerqué al camarote de ellos. Di con las cartas que llevaban, y volví con ellas a mi cuarto; allí, haciendo que mis temores olvidaran mi buena educación, rompí los sellos, y encontré, Horacio, ¡oh, re-

gia canallada!, un mandato estricto, adornado con toda clase de razones concernientes a la salud de Dinamarca y de Inglaterra, de acabar con mi vida sin demora, sin detenerse siquiera a afilar el hacha que había de cortarme la cabeza.

HORA. ¿Es posible?

HAM. Aquí está; léele más despacio. Así, cercado por la villanía, sentéme; redacté un mandato nuevo; le escribí con muy buena letra; en un tiempo, como todos nuestros nobles, tuve por villanía saber escribir bien, y trabajé por olvidar habilidad semejante; pero en esta ocasión me ha servido. ¿Quieres saber lo que escribí?

HORA. Sí, señor.

HAM. Una urgente súplica del rey al de Inglaterra, su leal tributario, para que el amor pueda florecer entre ellos como una palma, para que la paz pueda seguir llevando su corona de espigas y hacerlos eternamente amigos...; una súplica, digo, urgentísima pidiendo que a la vista de las presentes letras, sin demora ninguna, fuesen muertos los portadores de ellas.

HORA. ¿Y cómo sellasteis el mandato?

HAM. Hasta en esto me sirvió el Cielo. Tenía en el bolsillo el sello de mi padre, que sirvió de modelo para el sello del que es ahora rey de Dinamarca. Le utilicé. Escribí, firmé, sellé. Volví las cartas a su sitio; nadie sospechó el cambio. Al día sigiuente, ocurrió el encuentro con el barco pirata. Lo demás ya lo sabes.

HORA. Así es que Rosencrantz y Guildenstern van a la muerte...

HAM. ¡Hombre de Dios! Ellos se lo han querido. Harto sospechaban la misión que llevaban. No me da cargo de conciencia. ¡Peligroso es para los ruines mezclarse en las contiendas de los poderosos!

HORA. Pero ¿qué rey es éste?

HAM. Ha matado a mi padre; ha deshonrado a mi madre; se ha interpuesto entre mi elección y

mis esperanzas; me ha querido quitar la vida..., y con tal engaño..., ¿no estoy obligado, en conciencia, a quitársela a él con estas manos?

HORA. Pronto le llegarán noticias de Inglaterra con el resultado de su misión.

HAM. Sí, pronto; pero entretanto el campo es mío. Y la vida de un hombre no es más que un instante. Pero me pesa mucho, buen Horacio, haberme olvidado de mí mismo con Laertes; porque, pensando en mis penas, comprendo la suya: le pediré que me perdone... Seguramente la arrogancia de su dolor me hizo perder el juicio.

HORA. ¡Silencio! ¿Quién viene? *(Entra Osrico.)*

OSRI. ¡Bien venido de nuevo a Dinamarca, señor!

HAM. Gracias, humildemente... ¿Conoces a este moscardón?

HORA. No, señor.

HAM. Más te vale; porque es pecado conocerle. Tiene muchas tierras, y fértiles; y en cuanto un bestia es señor de bestias, tiene el pesebre seguro en la mesa del rey. Es una lechuza..., pero como te digo, gran poseedor de polvo.

OSRI. Amado señor, si vuestra señoría tiene tiempo de oírme, quisiera comunicar a vuestra señoría algo de parte de su majestad.

HAM. Decid... y cubríos... El gorro se ha hecho para la cabeza.

OSRI. Gracias, señor; pero no es necesario: hace mucho calor.

HAM. ¡Oh, no! Hace mucho frío. Sopla viento del Norte.

OSRI. Es cierto que hace un poco de frío, señor.

HAM. Sin embargo, me parece que el tiempo está bochornoso y sofocante.

OSRI. Cierto, señor; completamente sofocante. No hay palabras con qué expresar el calor que se siente. Señor: su majestad me manda a deciros que ha hecho una apuesta...

HAM. *(Haciéndole un gesto para indicarle que se cubra.)* Os suplico que...

OSRI. Señor, os aseguro que es comodidad. Señor, Laertes ha llegado hace poco a la corte. Es todo un caballero.

HAM. ¡Oh, desde luego!

OSRI. Especialmente excelente en el manejo de las armas.

HAM. Continuad.

OSRI. El rey, señor, ha apostado contra él seis caballos berberiscos contra seis floretes franceses y seis puñales con sus vainas, colgantes, cinturones, etc., etc..., por cierto que tres de ellos son ricos en verdad.

HAM. ¡Perfectamente! Seis caballos berberiscos contra seis espadas, con sus vainas, colgantes, cinturones..., tres de ellos ricos en verdad. Esta es la apuesta de Francia contra Dinamarca ¿Y sobre qué se apuesta?

OSRI. El rey, señor, sostiene que en una docena de pases entre vos y Laertes, no os ha de ganar él por más de tres toques; apuesta doce contra nueve. Y gustaría de que el asalto se celebrase inmediatamente, si vuestra señoría se digna dar respuesta.

HAM. ¿Y si respondo que no?

OSRI. Señor...

HAM. Aquí estoy paseando; si su majestad gusta, ésta es mi hora de asueto: que traigan los floretes y que se cumpla la voluntad del rey. Venceré por él, si puedo. Si no puedo, ganaré únicamente mi vergüenza y unos cuantos golpes.

OSRI. ¿Debo transmitir íntegra vuestra respuesta?

HAM. Podéis adornarla con todos los floreos de que vuestro ingenio sea capaz.

OSRI. Me recomiendo a vuestra señoría.

HAM. Siempre a vuestro servicio. *(Sale Osrico.)* Hace bien en recomendarse a sí mismo, porque dudo que haya en el mundo otro que se atreva a recomendarle.

HORA. Acaba de salir del cascarón.

HAM. Sí; y de seguro, antes de mamar le hacía ya cumplidos a la teta. Este es de los que, a fuerza de halagos y obsequiosidades, logra, en esta edad corrompida, vencer las opiniones más cuerdas y prudentes; pero ponles a prueba, y se deshacen como pompas de jabón. *(Entra un Caballero.)*

CABA. Señor, su majestad, sabiendo por el joven Osrico que le aguardáis aquí, desea saber si gustáis sostener ahora mismo el asalto con Laertes, o si os place dejarlo para más tarde.

HAM. Soy constante en mis resoluciones, y todas ellas penden del placer del rey; si a él le conviene, pronto estoy ahora, o en cualquier ocasión en que me encuentre tan bien dispuesto como en ésta.

CABA. El rey, la reina y todos los demás vienen, señor.

HAM. Muy bien venidos.

OSRI. Señor: la reina desea que, antes de empezar el asalto, digáis algunas palabras de afecto a Laertes.

HAM. Consejo excelente. *(Sale el Caballero.)*

HORA. Señor, perderéis la apuesta.

HAM. No lo creo. Desde que él se fué a Francia, yo he practicado mucho. ¡Venceré! Pero no sabes qué inquietud siento en el corazón... ¡Bah!, no importa.

HORA. Señor..., ¿qué decís?

HAM. Es una necedad; una especie de presentimiento, como los que asustan a las mujeres.

HORA. Señor, si el corazón os avisa de algo, atendedle. Yo iré a prevenir al rey, a decir que os sentís indispuesto.

HAM. De ningún modo. ¡Desafío a los malos agüeros! Hay providencia especial hasta en la muerte de un gorrión. Si ha de ser ahora, ahora será; si no ha de ser ahora, será más tarde: de todas maneras ha de llegar. Lo único importante es estar siempre pronto; puesto que nada de lo que el hombre deja es suyo, ¿qué le im-

porta dejarlo un poco antes? ¡Sea lo que ha de ser! *(Entran el Rey, la Reina, Laertes, caballeros, Osrico y séquito, con floretes y guantes de esgrima; una mesa, y frascos de vino en ella.)*

REY. Ven, Hamlet; acércate y recibe de la mía esta mano. *(Pone la mano de Laertes en la de Hamlet.)*

HAM. *(A Laertes.)* Perdonadme, señor. Os he agraviado, pero perdonadme, puesto que sois caballero. Todos los presentes saben, y vos lo habréis oído también, que a veces me aflige cruel desvarío. ¿Hamlet ha ofendido a Laertes? No ha sido Hamlet: ha sido su locura. Su locura es la enemiga del pobre Hamlet. He tirado al aire una flecha, y ha herido a mi hermano.

LAER. Mi deseo natural de venganza queda satisfecho con vuestras palabras; pero mi sentimiento del honor queda en pie, y no se aviene a reconciliaciones, hasta que la opinión de árbitros respetables y maestros en cuestiones de honor decidan si puedo hacer las paces sin mengua de mi buen nombre. Entretanto, recibo por sincero el ofrecimiento de vuestra amistad, y no la ofenderé.

HAM. Está bien. Vayamos a esta apuesta como hermanos. Dadnos los floretes. Venid.

LAER. Uno para mí.

HAM. Venceréis, Laertes. En mi ignorancia brillará vuestra destreza como una estrella en la oscura noche.

LAER. Señor, os burláis de mí.

HAM. ¡No, por esta mano!

REY. Dadles los floretes, Osrico. Hamlet, ¿conoces la apuesta?

HAM. Perfectamente, señor. Habéis apostado por el lado más flaco.

REY. No lo temo. Os conozco a los dos. Y aunque él ha ganado mucho, aquí no le vamos en zaga.

LAER. Este es demasiado pesado. Dadme otro.
HAM. Este me gusta. ¿Tienen el mismo largo todos los floretes?
OSRI. Sí, amado señor. *(Se preparan a pelear.)*
REY. Poned las copas de vino sobre esta mesa. Si Hamlet toca a su adversario en el primero o el segundo pase, o si pára el tercer golpe, que disparen los cañones de todas las almenas: el rey beberá a la salud de Hamlet, y arrojará en la copa una perla más rica que la que cuatro reyes de Dinamarca han llevado en su corona sucesivamente. Dadme las copas; y diga el timbal a la trompeta, la trompeta al cañón, el cañón a los cielos y a la tierra: "¡Ahora bebe el rey a la salud de Hamlet!" Empezad. Y vosotros, jueces, estad atentos.
HAM. Vamos, señor.
LAER. Vamos, señor. *(Empiezan el asalto.)*
HAM. Uno.
LAER. No.
HAM. Juicio.
OSRI. ¡Tocado, tocado claramente!
LAER. Bien; a otro.
REY. Esperad: dadme la copa. Hamlet, esta perla es tuya. ¡A tu salud! *(Suenan las trompetas y el cañón dispara fuera.)* Dadle la copa.
HAM. Primero jugaré este asalto. Dejadla ahí un momento. Vamos. *(Pelean.)* Tocado otra vez. ¿Qué decís?
LAER. Tocado, tocado, lo confieso.
REY. Nuestro hijo vencerá.
REINA. Está grueso y le falta el aliento. Hamlet, hijo, toma mi pañuelo, y límpiate la frente. La reina bebe por tu buena suerte, Hamlet.
HAM. Gracias, señora.
REY. ¡Gertrudis, no bebas!
REINA. Sí bebo, señor. Perdonadme.
REY. *(Aparte.)* ¡La copa envenenada! Es demasiado tarde.
HAM. No me atrevo a beber todavía, señora; luego beberé.

REINA. Ven; déjame que te enjugue el rostro.

LAER. Señor: ahora le daré.

REY. No lo creo.

LAER. *(Aparte.)* ¡Y, sin embargo, lo hago casi contra mi conciencia!

HAM. Vamos a la tercera, Laertes. Pero atacad con violencia. Temo que estáis jugando conmigo.

LAER. ¿Eso decís? ¡Vamos! *(Pelean.)*

OSRI. Nada, ni uno ni otro.

LAER. ¡Tomad, ahora! *(Laertes hiere a Hamlet. Entonces Hamlet, con astucia, cambia de florete con Laertes, y le hiere a su vez.)*

REY. ¡Separadlos! ¡Están peleando de veras!

HAM. ¡No! ¡Vuelve por otra! *(La Reina cae desmayada.)*

OSRI. ¡Aquí! ¡La reina está indispuesta!

HORA. ¡Sangre los dos! ¿Cómo es esto, señor?

OSRI. *(A Laertes.)* ¿Cómo es esto, Laertes?

LAER. Osrico: me he cogido en mi propia trampa. ¡Muero justamente por mi propia traición!

HAM. ¿Qué tiene la reina?

REY. Se desmayó al veros sangrar.

REINA. ¡No, no...; es la bebida!... ¡Oh, mi querido Hamlet!... La copa, la copa... ¡Estoy envenenada! *(Muere.)*

HAM. ¡Oh, villanía! ¡Cerrad las puertas! ¡Traición! ¡Buscad al traidor! *(Laertes cae.)*

LAER. Está aquí, Hamlet. Hamlet, eres muerto. No hay medicina en el mundo que te pueda salvar. No te queda media hora de vida: el arma traidora está en tu mano, sin punta..., envenenada. Mi acción criminal se ha vuelto contra mí...; aquí yazgo para no levantarme nunca... Tu madre está envenenada. No puedo más. ¡El rey..., el rey es el culpable!

HAM. ¡La punta envenenada también! ¡Entonces, veneno, haz tu oficio! *(Hiere al Rey.)*

TODOS. ¡Traición! ¡Traición!

REY. ¡Oh! ¡Defendedme, amigos! Apenas me ha tocado.

HAM. ¡Aquí, incestuoso, asesino, condenado rey de

Dinamarca! ¡Bebe de esta copa! ¿Está aquí tu perla? ¡Sigue a mi madre! *(El Rey muere.)*

LAER. Lleva su merecido: es un veneno preparado por él. Cambia perdones conmigo, noble Hamlet. ¡No caigan sobre ti, ni mi muerte, ni la de mi padre! ¡No caiga sobre mí la tuya! *(Muere.)*

HAM. ¡El Cielo te perdone! Yo te sigo. Muerto soy, Horacio. ¡Infeliz reina, adiós! Y vosotros, mudos y pálidos testigos de todo esto... ¡Ah, si yo tuviera tiempo!... Pero la muerte, gendarme cruel, no admite espera... ¡Oh, si pudiera deciros!... ¡Pero sea! Horacio, soy muerto. Tú vives. Habla por mí, y defiende mi causa...

HORA. No lo creáis. Soy más antiguo romano que danés. Aún queda veneno en la copa.

HAM. ¡Si eres hombre, dame esa copa! ¡Suelta! ¡Por el Cielo me la has de dar! ¡Oh, buen Horacio! Si me has llevado en tu corazón, vive para limpiar mi nombre de toda mancha, contando mi historia. *(Marcha fuera y salva de cañonazos.)* ¿Qué guerrero rumor es ése?

HORA. Señor, sin duda llegan los embajadores de Inglaterra.

HAM. Horacio..., muero...; el veneno rinde mi espíritu: no puedo vivir para saber noticias de Inglaterra...; pero profetizo que los daneses elegirán por rey a Fortimbrás... Mi voto, moribundo, es para él...; díselo...; cuéntale también lo que aquí ha sucedido... ¡Lo demás es silencio! *(Muere.)*

HORA. Ahora se rompe un noble corazón. ¡Buenas noches, amado príncipe! ¡Y que legiones de ángeles canten para dormirte! *(Marcha dentro.)* ¿Por qué suena el tambor? *(Entran Fortimbrás, los embajadores de Inglaterra con tambores, banderas y séquito.)*

FORTI. ¿Dónde está ese espectáculo?

HORA. ¿Qué deseáis ver? Si es algo de dolor o de asombro, no busquéis más.

FORTI. ¿Qué es esto?... ¡Oh, muerte orgullosa, qué banquete preparas en tu morada eterna, que

así has herido de un solo golpe a tantos príncipes!

EMB. 1.° ¡Horrible visión! Llegamos demasiado tarde. Venimos de Inglaterra a dar cuenta de haberse cumplido el mandato del rey. Guildenstern y Rosencrantz han muerto. ¿Quién nos dará las gracias?

HORA. No la boca de que esperabais oírlas. Aunque viviese, no os las daría, porque no salió de ella la orden que se ha cumplido. Pero ya que os halláis todos juntos, y preguntáis sobre este sangriento suceso, ordenad que estos cuerpos se expongan a la vista de todos, y dejadme hablar ante el mundo entero, para decir lo que aquí ha sucedido: oiréis de acciones lascivas, sangrientas, contra naturaleza, de juicios del acaso, de muertes casuales, de otras logradas por astucia y alevosía, y de cómo, al fin, malogrados planes, caen sobre las cabezas de quienes los trazaron; todo esto os lo puedo referir verazmente.

FORTI. Apresurémonos a oírlo, y convocad a los nobles para que vengan a escucharlo. En cuanto a mí, con dolor me acojo a mi fortuna. Tengo algunos derechos a este reino, y ahora, la ocasión me mueve a reclamarlos.

HORA. También de eso hablaré, repitiendo lo que dijo la boca del que ya no hablará más. Y apresurémonos, ahora que los ánimos de todos están alterados, no ocurran nuevos daños y errores.

FORTI. Que cuatro capitanes lleven a Hamlet como soldado, porque lo ha merecido, y hubiese demostrado ser digno de los honores reales, si hubiera ocupado el Trono, como debía; y a su paso, suenen músicas marciales y hablen por él, a gritos, los ritos de la guerra. Levantad esos cuerpos y lleváoslos. ¡Disparen los soldados! *(Marcha fúnebre. Salen, llevándose a los muertos. Después se oyen fuera las salvas de ordenanza.)*

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde,* por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!,* por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco,* por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan,* por J. J. Luca de Tena.
11 *La garra,* por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara,* por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extrao. .), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas,* por Marcelino Domingo.
15 *El ardid,* por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón,* por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella,* por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje,* por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua,* por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir,* por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly,* por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas,* por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan,* por Carlos Arniches.
24 *La otra honra,* por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas,* por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid,* por Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente,* por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes,* por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa,* por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio,* por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana,* por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida,* por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina,* por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa,* por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura,* por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini,* por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres,* por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia,* por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día,* por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita,* por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona,* por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido,* por Federico Oliver.
43 *Señora ama,* por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia,* por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal,* por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra,* por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa,* por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz,* por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales,* por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas,* por Jacinto Benavente.

51 *El llanto,* por Pedro Muñoz Seca.

52 *Una mujer sin importancia,* por Oscar Wilde.

53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada,* por Jacinto Benavente.

54 *Alfilerazos,* por Jacinto Benavente.

55 *La Raza,* por Manuel Linares Rivas.

56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres,* por Jacinto Benavente.

57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos,* por Jacinto Benavente.

58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien,* por Jacinto Benavente.

59 *Juventud, divino tesoro,* por G. Martínez Sierra.

60 *Mimí Valdés,* por José Fernández del Villar.

61 *El azar,* por Federico Oliver.

62 *El ilustre huésped,* por S. y J. Alvarez Quintero.

63 *Las hijas del Rey Lear,* por Pedro Muñoz Seca.

64 *Manolito Pamplinas,* por José María Granada.

65 *... Y después?,* por Felipe Sassone.

66 *No hay burlas con el amor,* por Alfredo de Musset.

67 *Los nuevos yernos,* por Jacinto Benavente.

68 *Lo que ellas quieren,* por Federico Oliver.

69 *El último mono,* por Carlos Arniches.

70 *Como hormigas,* por Manuel Linares Rivas.

71 *La condesa María,* por Ignacio Luca de Tena.

72 *Los sabios,* por Pedro Muñoz Seca.

73 *La jaca torda,* por José Luis Mayral.

74 *¡Mecachis, qué guapo soy!,* por Carlos Arniches.

75 *Lirio entre espinas,* por Gregorio Martínez Sierra.

76 *Poca cosa es un hombre,* por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.

77 *Por las nubes,* por Jacinto Benavente.

78 *Son mis amores reales,* por Joaquín Dicenta (hijo).

79 *Divino tesoro,* por Juan Ignacio Luca de Tena.

80 *La dama del armiño,* por Luis Fernández Ardavín.

81 *Lo que se llevan las horas,* por Felipe Sassone.

82 *"En Aragón hi nacido",* por Carlos Arniches y Pedro García Marín.

83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.

84 *La hija de la Dolores,* por Luis F. Ardavín.

85 *María Fernández,* por P. M. Seca y P. P. Fernández.

86 *Todo tu amor* o *Si no es verdad, debiera serlo,* por Felipe Sassone.

87 *Buena gente,* por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.

88 *La mujer que necesito,* por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.

89 *Lo cursi,* por Jacinto Benavente.

90 *La cantaora del Puerto,* por L. F. Ardavín.

91 *Fuensanta la del corti-*
tiago Rusiñol y G. M. Sierra.
io, por Enrique de Alvear.

92 *Anita la Risueña,* por S. y J. Alvarez Quintero.

93 *La neña,* por Federico Oliver.

94 *El día menos pensado,* por Antonio Estremera.

95 *Bartolo tiene una flauta,* por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.

96 *Santa Isabel de Ceres,* por Alfonso Vidal y Planas.